



SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

**BALAS PARA
TI, DULZURA**

KEITH LUGER

**BALAS
PARA TI, DULZURA**

1.^a EDICIÓN
ABRIL - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 1804 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© KEITH LUGER - 1961

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 51/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
639 — El farsante de Dodge City.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
546. — Un centavo por mi vida. 548. — Crimen al amanecer. 554. — La tigresa y yo.
- En Colección BUFALO:
355. — Un tipo con recursos. 358. — Tres cuellos para la horca. 375. — ¡Fuera el revólver!
- En Colección PANTERA:
76. — El hombre de Memphis.
- En Colección CONGO:
17. — Atentado en Africa. 19. — Calen la bayoneta. 23. — Rebelión en Argelia.
- En Colección TEXAS:
220. — Los bravos. 230. — Llegaron dos pillos. 234. — No quiero ventajas.
- En Colección CALIFORNIA:
157. — El famoso *gun-man*. 186. — Duelo en Paso Robles. 208. — La muerte esperaba allí.
- En Colección COLORADO:
156. — El reptil del desierto. 166. — La pasión de los fuertes. 177. — La orden fue: ¡Matar!
- En Colección KANSAS:
130. — Una bala perdida. 135. — Hombres marcados. 147. — A un paso de la fosa.
- En Colección ASES DEL OESTE:
75. — Los salteadores. 81. — Los endemoniados. 94. — Los buitres del oro.
- En Colección BRAVO OESTE:
4. — ¡Como el huracán! 12. — Un joven de sesenta años.

**BALAS
PARA TI,
DULZURA**

FOR
Keith Luger



CAPÍTULO PRIMERO

Hacía una noche de mil diablos. Por la tarde me había llegado a Hoboken para cobrar a un cliente por cuya cuenta había hecho un trabajo. Pero me llevó mucho tiempo encontrarlo, porque el tipo pretendió darme esquinazo. Al fin le saqué los doscientos dólares que me debía y un par de dientes extra. El fulano en cuestión estaba podrido de plata y podía pagar los doscientos machacantes, así como hacer un viaje al dentista para que le colocase dos piezas de repuesto. Los hay bastardos, hermano.

Eran las siete de la noche cuando recalé en lo de Joe Kelton.

Había la gente de siempre. No conocía a nadie, pero un borracho es igual a otro borracho, y una fulana es también lo mismo que otra fulana.

Fui a mi mesa. Casi nunca era ocupada porque estaba al fondo, el lugar más frío del establecimiento.

Joe se vino hacia mí.

—Un *whisky* doble —le dije.

Pero siguió su camino hacía mi mesa.

—Una mujer vino a buscarte, Bruce.

—¿Bonita?

—Bastante.

—Eso es bueno. ¿Por qué no esperó?

—Estuvo aquí no menos de dos horas, pero al final tuvo que marcharse.

—Su marido la esperaba.

—No tenía aspecto de casada.

—¿No te dijo qué quería?

—No. Pero me dio su nombre y la dirección adonde has de ir a verla.

—No sé si iré. Estoy cansado. Tuve un día de perros...

—Parecía muy preocupada. Si yo estuviese en tu lugar...

—Basta de sermones, Joe, y trae ese *whisky*.

Me lo traje y agregó:

—Preguntó no menos de una docena de veces por ti, Bruce.

Me eché el *whisky* al colete y encendí un cigarrillo.

—Está bien, Joe. Iré a verla, pero lo haré dentro de un rato.

Ahora quiero descansar. Trae otro *whisky*.

Se encogió de hombros y se marchó otra vez hacia la barra.

Cuando hube bebido el segundo *whisky* y terminado de fumar el cigarrillo, me puse en pie.

—¿Cuál es la dirección, Joe?

Me lo dio. Correspondía a una calle que yo conocía. Allí sólo se cobijaban las pelanduscas. También me dijo que el nombre de ella era Millie Algren.

—¿Seguro que era bonita, Joe? —dije un poco decepcionado.

—Sí.

—Está bien.

Salí del local y emprendí el viaje en el «Buick».

Estacioné en un callejón conforme a mi costumbre de no hacerlo demasiado cerca de la casa a la que me dirijo.

La escalera olía a cebolla y a otras cosas peores.

Al llegar a la tercera planta llamé en el timbre de la puerta número nueve.

Oí unos pasos.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.

—Bruce Dennison.

Hubo una pausa.

—Por favor, señor Dennison, pase su credencial por debajo de la puerta.

Di un suspiro. De modo que, así estaban las cosas.

Saqué mi credencial y la empujé por el resquicio. Una mano tiró por el otro extremo y la tarjeta desapareció.

Conté quince segundos y luego oí ruido de una cadena y la puerta se entreabrió.

En el resquicio vi la cara de una rubia de veintitrés o veinticuatro años. Joe había tenido razón. Era bonita. Poseía unos ojos muy grandes, pero en ellos vi reflejado algo que yo había visto en muchos otros ojos. Miedo. Pánico.

Me miró a mí y miró la fotografía que había en la credencial.

Luego trató de sonreír y me enseñó unos dientes blancos como la leche.

—Perdone —dijo.

—¿Qué le parece si termina de abrirme y hablamos dentro? —le sugerí.

—Oh, sí.

Me abrió y entré en la habitación.

La estancia no tenía nada de particular. Las había por docenas en aquel barrio y se alquilaban a razón de sesenta dólares por mes.

Millie Algren se cubría con una blusa y una falda. No era muy esbelta, pero estaba bien formada.

—¿Quiere sentarse?

Me quité el sombrero y lo puse en el diván, sentándome.

Millie estaba nerviosa.

—Joe me dijo que usted perdió dos horas esperándome —rompí el silencio.

—Sí, pero no tiene importancia.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí.

—No, gracias —dijo.

—¿Le importa?

—Desde luego que no. Le traeré un cenicero.

Salió del *living* y trajo el cenicero que dejó sobre la mesita.

—Muy bien, señorita Algren. ¿Qué es lo suyo?

Entrecruzó los dedos sobre el estómago y contestó:

—Me quieren matar.

Di una chupada al cigarrillo y arrojé el humo, mirando por entre la nube, el bello rostro de la joven.

Su respuesta no me pilló de sorpresa. Soy detective privado y muchas personas han venido a mi diciéndome que las querían matar. Unos acertaron y tuve que trabajar mucho para evitar que fuesen enviados a la fosa. Otros que me lo dijeron estaban como un rebaño de cabras y su final fue el manicomio. Y hasta hubo alguien que me dijo una vez que lo iban a asesinar y resultó ser un tipo vivo que sólo me requería para que yo fuese su coartada porque era él quien iba a matar a su mujer. ¿En qué grupo podría estar incluida Millie Algren?

—Lo han intentado ya dos veces, señor Dennison, pero me salvé por poco.

—Eso está bien —asentí—, pero dígame, señorita Algren, ¿quiénes la quieren matar y por qué?

—Es un poco largo de contar.

—No se preocupe —le sonreí—. Puedo quedarme todo el tiempo que usted quiera.

En ese instante, se abrió de golpe la puerta.

Solté una maldición porque yo estaba en muy mala posición. Justo me había ido a sentar en el diván que se hallaba de perfil a la puerta. Volví la cabeza al tiempo que llevaba la mano a la axila.

Millie Algren lanzó un grito.

Un tipo apareció corriendo. Era muy grande, enorme, y blandía en la zurda una pistola con silenciador.

—Quieto, chico —me dijo.

Pero yo no estuve quieto. Empecé a sacar el arma.

Demostró ser muy ligero el hijo de perra. Me estaba incorporando, con la pistola a medio sacar, cuando me pegó en el pómulo con el cañón.

Instintivamente alargué la mano, le agarré la pierna y tiré de ella con todas mis fuerzas, cuando ya estaba perdiendo el conocimiento.

—¡Corra, Millie! —dije. Y no sé cómo pude hacerlo.

El tipo me alcanzó por tercera vez con el cañón, ahora entre los dos ojos.

La última imagen que pude ver fue a Millie, sobrecogida, contra la pared. Quise decirle que huyese, pero no pude oír mis palabras. Me sumergí en un pozo negro, insondable, frío...

CAPÍTULO II

Alguien me zarandeó y volví en mí. Luego, otro tipo me golpeó con algo en la cara y sentí un agudo dolor en el cerebro.

—Maldito sea —me oí gritar.

Una voz dijo:

—Déjenlo quieto.

Me abandonaron y moví la cabeza de un lado a otro hasta que pude enfocar las imágenes.

La primera sensación que tuve fue de frío y al mirarme me vi en paños menores. Estaba sentado en el sillón de un dormitorio. Era desde luego el dormitorio de Millie Algren, y ella también se encontraba allí. Ya no iba a sentir más miedo.

Estaba sobre la cama, como una muñeca. Le habían metido dos balas en el pecho. Tampoco se cubría ella con su blusa y su falda. Tenía puesto un batín que se entreabría mostrando un largo trozo de piel blanca.

Me puse en pie observando su cara. Había algo desesperante en su expresión. Pareció decirme: «Confíé en ti y fue inútil, Bruce Dennison».

Cerré los ojos y me mordí el labio inferior hasta sentir el sabor acre de la sangre.

Alguien rió.

—¿Qué le parece eso, sargento? Ya empezó la comedia.

Los miré a ellos. A los policías. Los conocía. Uno era el sargento Reilly Owen que había jurado retirarme algún día la licencia, y los otros dos los agentes Miles Storm y Cliff Tracy, que tampoco simpatizaban conmigo.

—Está listo, Dennison —dijo el sargento.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —pregunté.

Miles Storm me golpeó con la toalla mojada que tenía en la derecha. Recibí el trallazo en la cara y me fui hacia atrás sintiendo

que otra vez mi cerebro se movía en la caja.

Miles cometió un error al pretender cazarme por segunda vez. Cuando descargó el brazo me puse en cuclillas y salté rápidamente dirigiéndole el puño contra la barbilla.

Hice un blanco estupendo y el tipo se desplomó lanzando un aullido.

Cliff Tracy me apuntó con su pistola.

—Ya se la ganó, sabueso.

—Un momento, Cliff —dijo el sargento—. Lo tenemos atrapado. Quiero que lo pague con la silla.

Miles Storm se puso en pie lanzando imprecaciones.

—Déjemelo a mí, sargento.

Miles era un hombretón de casi uno noventa de talla, muy fornido, con puños demoledores, y yo estaba muy débil.

Hice el primer disparo y hasta logré cazarle en el hígado. Retrocedí hacia la pared al verlo venir. Le bloqueé pero luego él me encogió el estómago, y al doblarme, percutió con el filo de la mano en mi clavícula.

Caí de bruces en el suelo.

—Déjalo ya, Miles —dijo el sargento.

Le obedeció porque estaba cansado de pegarme.

Llevé aire a los pulmones y alcé la cara mirando al sargento.

—Esto lo va a pagar, Reilly.

Sonrió.

—¿Eso es un chiste, asesino?

Me levanté haciendo un gesto negativo.

—No, sargento. Yo no la he matado y usted lo sabe.

—Yo sólo sé lo que veo.

—¿Me vio matarla, sargento?

—No. Todavía no conozco a nadie que reúna invitados para perpetrar su crimen.

—Gracias.

—Pero en este caso, es como si usted lo hubiese hecho, Dennison.

—¿Sí?

—Tenemos su pistola.

—Tengo licencia para llevar pistola.

—De su arma han salido las dos balas que han acabado con la

vida de esta mujer.

—Un bastardo me dejó sin sentido.

—Ahorre saliva.

—Me despojó de mi pistola y mató a la muchacha, y luego dejó mis huellas sobre el arma.

Miles Storm se echó a reír.

—¿Qué le parece eso, sargento? Resulta que Bruce Dennison es tan bueno como detective que acaba de inventar una historia nueva, completamente nueva.

El sargento hizo una mueca. No le gustaban los chistes de sus subordinados.

—Sea más realista, Dennison —dijo—. En esta habitación sólo hubo dos personas, usted y ella. La ropa que llevan los dos, da una idea de los hechos.

—¿Cuál es su explicación, sargento?

—Usted la mató por cualquier motivo, quizá por celos.

—La conocí esta noche.

—No me sirve, Dennison.

—Le sirva o no, es la pura verdad. Y tengo un testigo.

—Ya sé, su amigo Joe.

—Sí, mi amigo Joe. Él les podrá decir a ustedes que esa muchacha, Millie Algren, fue a su bar para buscarme. Cuando recalé allí esta noche, Joe me pasó el aviso.

—Nosotros tenemos un testigo mejor.

—No me diga que es un tipo con nariz torcida y pies planos. — Era la descripción del individuo que había entrado en el *living* con la pistola provista de silenciador.

—No, Dennison. No es ese tipo. Se trata de la vecina de al lado.

—¿Sí? ¿Qué ha dicho la vecina de al lado?

—Oyó dos disparos. Se asustó mucho y dejó pasar un minuto porque temió hasta respirar. Prestó mucha atención y no oyó a nadie que saliese. Por último se decidió a descolgar el teléfono y hacernos la llamada. Vinimos aquí enseguida y nos encontramos el cuadro. Ella muerta, y a usted sin sentido.

—Usted mismo lo acaba de decir, sargento. ¿Cómo la iba a matar estando privado del conocimiento?

—Ella se defendió.

—No me diga.

El sargento se acercó a la cama y tomó un brazo del cadáver. Millie Algren tenía entre sus dedos un zapato. Observé que el tacón estaba manchado de sangre y hasta pude ver algún cabello.

Reilly dijo:

—Un examen de ese tacón demostrará que la sangre y los cabellos son de su cabeza.

Me toqué la cabeza. Sí, tenía unos cuantos chichones. El grandote lo había hecho todo bien. Después de dejarme sin sentido liquidó a la muchacha, le quitó un zapato y me golpeó el cuero cabelludo. Luego sólo tuvo que despojarnos de la ropa, transportarnos al dormitorio y ponerle a ella el zapato en la mano.

—Alguien debió de ver entrar o salir a «Pies Planos» —alegué—. Pregunten por la vecindad.

—¿Cómo cree que trabaja la policía? Indagaremos a su debido tiempo, sólo por buscar a cualquier persona que lo haya visto a usted entrar en la casa.

Hubo una pausa, y luego el sargento agregó:

—Quiero presentar al fiscal un caso completo, Dennison.

Sabía por dónde iba, pero pregunté:

—¿Qué es un caso completo para usted, sargento?

—Quiero su confesión.

Asentí con la cabeza.

—Nací hace veintisiete años en Nueva York, exactamente en la calle 130, en el Bronx. Mis padres fueron Alexander Dennison y Paola Martino...

—Le advertí que dejase los chistes, Dennison —me interrumpió—. Sólo queremos conocer de su vida la parte que corresponde a este crimen. Diga usted que hoy se emborrachó, que vino a visitar a la trotona. Discutieron por algún motivo, se enzarzaron en una pelea y usted perdió la serenidad y le descargó un par de balazos.

Guardó un silencio.

—Ya ha oído al sargento, Dennison —dijo Miles—. Desembuche de una vez.

—Váyase al cuerno.

Cliff Tracy se dispuso a golpearme y anunció:

—No voy a consentir que me maltraten otra vez.

Tracy frenó su impulso, pero entonces Miles rió.

—¿Qué les parece esto? El tipo está demasiado acostumbrado a

sus fanfarronadas de matón.

—Sí, eso es lo que yo creo —convino Tracy—. Y él no sabe que nosotros somos agentes de la autoridad.

—¿Ustedes? —dijo sarcástico. Los miré uno a uno a la cara—. Ustedes tienen un carnet y un emblema, pero no dignos de llevarlo. Estarían mejor en la otra parte, junto a los que día a día contravienen la Ley, sacando un provecho de ello.

Miles y Tracy me atacaron a una.

Hundí el puño en la boca de Miles y sentí cómo cedían unos cuantos de sus dientes, pero Tracy me descargó un patadón en el bajo vientre y empecé a derrumbarme.

Traté de asir un trozo de carne de Tracy, pero no lo conseguí, porque él saltó a tiempo, y entonces me descargó los dos puños sobre la nuca.

Estrellé la cara contra el suelo, y la puntera de un zapato se me clavó en la ingle.

—Seré mejor que confiese, Dennison —dijo Reilly.

—¡Cerdos! —grité.

—¡Duro y a él, chicos! —dijo Reilly.

En aquel instante se mezcló una voz en nuestro diálogo.

—¡Quieto todo el mundo!

No hubo más golpes y alcé la cara para mirar al hombre que acababa de aparecer en la habitación.

Era el teniente Foster Cook, de la Brigada de Homicidios, el policía más honrado de la ciudad, un hombre que luchaba contra el vicio allá donde estuviese, en un palacio o en una covacha, en una oficina pública o en un garito.

CAPÍTULO III

—¿Qué pasa aquí, sargento? —preguntó Foster.

Reilly, de mala gana miró a su superior, y luego empezó a soltar la historia rebozándola con mucho veneno. Sólo le faltó agregar que yo era un sádico asesino de mujeres que iba por toda la ciudad dejando macabras huellas a mi paso.

Cuando hubo terminado, el teniente carraspeó.

—¿Qué dices tú, Dennison?

—¿Queda algo por decir?

—Decídelo tú.

—Soy inocente.

El agente Miles cerró el puño para disparármelo.

—No haga eso, Miles —dijo el teniente, y Miles se quedó quieto.

Entonces conté a Foster mi historia, la verdadera.

El sargento intentó interrumpirme un par de veces, pero Foster lo hizo callar con un duro gesto. También acabé mi relato y el teniente dedicó su atención a la víctima.

—¿Saben algo de ella? —preguntó.

—Todavía no —contestó el sargento.

—Es lo más importante.

—Creo que lo más importante es que cazamos al culpable —dijo el sargento.

—Muy bien, Reilly. Yo me quedaré con él. Hagan el resto del trabajo.

Reilly y los dos agentes salieron, pero Miles asomó la cabeza por el hueco.

—Están aquí los del laboratorio.

—Que pasen.

Foster me hizo una señal con la cabeza y los dos fuimos al cuarto de baño, mientras los técnicos empezaban su trabajo en el dormitorio.

Cerró la puerta para que no fuésemos molestados. Sacó dos cigarrillos y me alargó uno. Después que hubimos encendido, Foster dijo:

—Muy bien, Dennison. Quiero la verdad.

—Ya la sabes.

—Quiero la condenada verdad —dijo con voz agria.

—No hay nada más que contar por mi parte. Iban a matar a la chica y ella me llamó para que yo la sacase del atolladero y ya ves... Soy el más bastardo de todos los animales que van por el mundo a dos patas.

—No te censures demasiado.

—Me entretuve en lo de Joe y todo porque hacía frío y yo estaba cansado. Si hubiese venido a la primera, ella habría tenido tiempo de colocarme su historia y quizá habría impedido que la matasen... Valiente detective estoy hecho...

—Eso no es lo peor. Te has metido en un buen apuro. Fue muerta con tu pistola, tus huellas están en la culata...

—¡Y un demonio! Tengo unas cuantas marcas en la cabeza que no fueron hechas con el tacón de un zapato. Llama al doctor y que me examine —me miré en el espejo. Tenía una pequeña grieta en el pómulo de la cual había manado sangre, una hinchazón entre los dos ojos, mi nariz también había sufrido desperfectos y en los dos agujeros conservaba sangre seca.

Foster abrió la puerta y llamó al doctor. Le pidió que me hiciese un examen minucioso.

El médico llevó a cabo su trabajo y dijo:

—Hay marcas de varias clases —me señaló con el dedo—. A este hombre lo han golpeado con el tacón del zapato que hay fuera, con el puño y con otra cosa.

—¿Qué es esa otra cosa, doctor? —preguntó Foster.

Vaciló un instante e intervine:

—¿Ha podido ser con una pistola, doctor?

—Sí, desde luego, porque fue un objeto de acero.

—Gracias, doctor —dijo Foster.

El galeno se marchó y los dos volvimos a quedar solos.

—¿Estás satisfecho ahora? —Le sonreí.

—No, no lo estoy. Vendrás conmigo al precinto.

—¿Es que me vas a encerrar, Foster?

—Quiero que veas nuestro archivo. Las cosas cambiarían para ti si dieses con el tipo que te dejó sin sentido.

Salimos fuera. El sargento ya estaba allí y anunció:

—He estado hablando con la fulana que es la encargada de la casa. Millie Algren llegó hace sólo tres días. No se piden referencias a los inquilinos. Pagó un mes por anticipado. La señora Smith no preguntó a Millie acerca de cosas personales. Durante los tres días, la chica se comportó bien. Salía por las mañanas hacia las seis y regresaba por la noche alrededor de las doce. No ha recibido ninguna visita y nadie preguntó por ella. Tampoco tuvo correspondencia.

—¿Qué hay de «Pies Planos»? —El teniente había aceptado el apodo que yo había dado al asesino.

El sargento me miró mientras contestaba:

—Nadie ha visto a ese hombre.

—Recuérdelo, sargento —dije—. Tampoco me vio a mí nadie.

—Pero lo pillamos con las manos en la masa.

—¿Han registrado el apartamento? —inquirió Foster.

—Lo hicimos mientras Dennison estaba inconsciente, pero no encontramos nada. Sólo un montón de ropa.

—¿Ni siquiera un documento personal, una fotografía, alguna carta?

—Nada de nada. Millie Algren se llegó aquí sólo con una valija en la que tenía un poco de ropa.

—Está bien. Nos veremos en el precinto. Dennison y yo nos adelantaremos. Hablaré con usted más tarde, sargento.

Fuimos al precinto y durante un par de horas estuve contemplando fotografías. Vi varias de antiguos conocidos, pero no apareció la de «Pies Planos».

Foster paseaba por la habitación cuando dimos por concluido el trabajo.

—Bueno, ¿qué vas a hacer conmigo, Foster?

—Mi deber es colocarte entre rejas.

—¿Tu deber...? No me hagas reír. Sabes perfectamente que yo no maté a Millie Algren.

—Muy bien. Lo sé. Pero existe un procedimiento.

—Al infierno con los procedimientos. Tú no eres como el sargento Reilly. Quieres en la celda al verdadero culpable, no a un

tipo que ha sido elegido para que cargue con el muerto.

—¿Crees sinceramente que te eligieron a ti?

—No. Admito que fue circunstancial. A «Pies Planos» le pagó alguien para que asesinase a la muchacha, pero cuando fue a hacer el trabajo me encontró en el apartamento y pensó que era una buena idea lo de matarla con mi pistola y preparar el escenario para que yo fuese considerado culpable.

Foster se apretó el puente de la nariz.

—¿De qué vale eso? No te puedo poner en libertad a pesar de todo.

—¿Por qué no?

—No soy el que manda sobre la Policía de esta ciudad. Por encima de mí, está el capitán y más arriba el Comisionado.

—Comprendo tu problema, pero no puedes sacrificarme a mí para mayor gloria del Departamento. ¿O es que serías capaz de hacerlo, Foster?

—No desenfokes la cuestión.

—¿Cómo te atreves a decir eso, teniente? Es mi piel la que está en juego.

—Investigaremos.

—Y yo mientras tanto estaré encerrado en una celda esperando a que tú llegues diciendo: «Lo siento, muchacho. No hubo nada que hacer».

—Quizá demos con el asesino.

—No, Foster. Tal como están las cosas, no creo en ningún éxito vuestro.

—Gracias.

—No tengo nada contra ti y admiro muchas de tus virtudes, pero ya has visto el caso. Ese asesino fue traído de fuera. Aquella muchacha estaba aterrorizada cuando me llamó. Temo que no se trata de un caso vulgar.

—No te creas demasiado importante.

—Está bien. Pero esa muchacha estaba tan fuera de lugar en aquella casa, como yo en una reunión de abstemios.

Foster se pasó una mano por el cabello.

—Supón que te dejó en libertad. ¿Qué harías, Bruce?

—Me dedicaría con toda mi alma a investigar.

—Conozco tu estilo. Un muerto cada tres horas.

—Justicia rápida.

—¡Y un cuerno! —chilló otra vez.

Una puerta se abrió y apareció un policía.

—¿Pasa algo, teniente?

—No, Binker. No pasa nada.

El llamado Binker me dirigió una mirada y salió del despacho cerrando tras de sí.

Foster exclamó:

—¿Por qué has de sacarme de quicio cada vez que discuto contigo? ¡No puedes ir por ahí matando a la gente!

—Dime de alguno a quién yo haya matado y que no haya merecido una docena de veces la silla eléctrica.

—¡Ése no es el caso! —Golpeó el puño contra la mesa—. Tenemos una ley y debe ser respetada por todos. ¡Por el sargento Reilly y por ti!

Tenía razón a su manera, de modo que guardé un silencio. Dio unos pasos por la estancia.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Cuánto tiempo necesitarías?

—Con cuatro o cinco días tendría suficiente.

—Tienes veinticuatro horas.

—¡Foster!

—Un día —repitió—. Ni una hora más.

—Muy bien —dije, y eché a andar hacia la puerta.

—¡Espera, Bruce! —exclamó.

Giré mirándolo a la cara.

—No vas a llevar pistola, Bruce.

—Conforme.

—Si das con algo me avisarás.

—Sí, Foster.

—Anda, lárgate.

Me largué.

CAPÍTULO IV

Entré en lo de Joe. Había menos clientes que antes. Me apoyé en el mostrador y pedí un *whisky*.

—¿Cómo te fue con la chica? —preguntó.

—Está muerta.

Apuré el contenido del vaso y le hice una señal para que rellenase el hueco.

—Lo siento —dijo.

Transcurrieron un par de minutos.

—Oye, Joe, háblame de ella. ¿Vino por aquí alguna otra vez?

—No.

—Sin embargo, la muchacha se llegó a este bar porque sabía que me encontraría. Eso quiere decir que alguien le dijo que yo recalaba aquí.

—¿Por qué no fue a tu despacho?

—La perseguían para matarla. Por eso no acudió. Pensó que aquí estaría más segura.

Bebí el cuarto *whisky*.

—Oye, Joe, el tipo que lo hizo está por los treinta y cinco años de edad, es muy grande, de cabello castaño, orejas arrepolladas, cejas en arco y nariz enrojecida. Tienes pies planos.

Permaneció pensativo unos instantes.

—No, Bruce. No he visto a ningún tipo de esa clase.

—¿No te diste cuenta si alguien la había seguido?

—Ahora recuerdo que miró una vez hacia la puerta —y pareció que se estremecía; se pellizcó el labio inferior—. Justo en ese momento entraban tres o cuatro personas.

—¿Quiénes eran esas personas?

—Dos venían juntos, pero otro llegó solo. Todos permanecieron ante el mostrador y les serví *whisky*. Luego se marcharon. Fue entonces cuando la muchacha vino a despedirse.

—¿Te fijaste en el fulano que iba solo?

Trató de recordar otra vez.

—Unos cuarenta años de edad, de talla normal. Creo que movía la parte derecha de la cara. Ya sabes, como si tuviese un tic nervioso.

—¿Tampoco había venido nunca aquí antes de ahora?

—No, Bruce. Estoy seguro de que no.

—Y dices que ese tipo se marchó y al cabo de un rato la muchacha se puso también en camino.

—Sí.

Sacudí la cabeza y me despedí.

Media hora más tarde tocaba el timbre de una puerta. Me abrió un tipo muy alto que me puso una mano en el pecho.

—Quita la zarpa —le dije.

El tipo rezongó:

—La última vez que estuviste aquí el patrón tuvo que comprar dos mesas nuevas.

—Él gana dinero para eso.

Fui a pasar por su lado para dirigirme al ascensor, pero me empujó contra la pared.

—Oye, detective. Te voy a dejar subir, pero será mejor que no te hagas el valiente.

—¿Quién se va a hacer el valiente?

Subí en el ascensor a la tercera planta. Apreté otro timbre y se abrió otra puerta. Un tipo muy parecido al de abajo arrugó la nariz.

—¿Por qué Bill te ha dejado entrar, sabueso?

—Me voy a casar con su hermana un día de éstos.

—Espera que se lo diga y apuesto a que te rompe la crisma.

Saqué un cigarro y se lo puse en los labios.

—Deja de protestar, muchacho —me dirigí a uno de los reservados del garito donde sabía que encontraría a mi hombre.

Llamé a la puerta y asomó una cabeza.

—Lárguese. Todo está ocupado —dijo un fulano con cara de sietemesino.

Le pegué un empujón a la puerta y él se fue hacia dentro.

Trató de pegarme, pero le tomé la mano y, presionándole los dedos, se los empujé hacia atrás.

El fulano escupió maldiciones y empezó a ponerse rojo.

—¡Suélteme!

Los cinco hombres que jugaban la partida de póquer habían interrumpido la mano para mirar lo que ocurría en la puerta.

Cony Shad, el tipo con el que me interesaba hablar, hizo una mueca.

—No le rompas un hueso, Bruce. Es un amigo.

Miré al amigo. Tenía cara de rata, pero lo dejé libre y se fue contra la pared, soltando más maldiciones, frotándose la mano.

El hombre que estaba a la izquierda de Cony me miró fijamente.

—No ha debido hacer eso.

—No me gusta que nadie me trate como a un chiquillo. Iba a darme con la puerta en las narices.

—¿Quién es usted si puede saberse?

—Bruce Dennison.

—No me diga que es el detective privado del que de vez en cuando hablan los periódicos.

Me apoyé en la pared y encendí un cigarrillo.

—Sí, soy ése.

Observóme con cierto respeto.

—De modo que los destripa a tres por hora —fue su comentario.

No contesté nada y eso le debió indicar que yo tenía ganas de pelea. Miró al «Sietemesino» que seguía quejándose en un rincón, y dijo:

—Maldito seas, Harry, te pago para que me protejas.

—Me pilló desprevenido.

—Y un cuerno. Lárgate abajo. No quiero verte aquí.

Harry me dirigió una mirada cargada de odio y se marchó.

Entonces su jefe me dedicó una especie de sonrisa.

—Soy Tedd Silver, de Detroit.

Tedd Silver era un tipo que se estaba haciendo un nombre en el mundo del «racket». Unas semanas atrás había aparecido muerta su favorita de turno. La policía lo detuvo, pero él pudo probar una buena coartada. El asunto levantó mucha polvareda, y en tales casos, esa gentuza tiene por costumbre marcharse de vacaciones.

—Supongo que no vendrá por mí, ¿eh, Bruce? —me dijo.

—Descuide.

—¿Quiere ser de la partida?

Le dije que sí, y entonces hizo una señal a uno de los fulanos que

estaban a su izquierda, el cual se levantó dejando libre la silla.

El juego tuvo algunas alternativas. Comencé perdiendo, pero luego recuperé mi dinero y gané ciento cincuenta dólares.

Cony Shad se puso en pie.

—He de marcharme.

—Yo también —dije.

Cony Shad me dirigió una mirada que quería decir: «Maldita sea, Bruce. Déjame en paz».

Tedd Silver me dio la mano.

—Bueno, Dennison. Celebro haberlo conocido.

—Yo también —repuse, y no mentí, porque me gusta ver a los reptiles de cerca por si algún día tengo oportunidad de pegarles un balazo en la cabeza.

Me descuidé un momento y Cony salió disparado por la puerta.

El muy estúpido había echado al olvido que tenía que cruzar demasiadas barreras. Lo alcancé en la calle cuando acababa de trasponer la puerta. Lo tomé del brazo y le clavé los dedos en el hueso.

Se puso a chillar.

—¡Suéltame, Bruce!

—Quiero que me ayudes, Cony.

—No puedo ayudarte.

—¿Por qué no?

—La última vez que lo hice estuvieron a punto de rellenarme de plomo.

—Ninguno quedó en situación de enviarte una sola bala.

—Sí, tú los enviaste a todos al infierno, pero ¿qué hubiese pasado si alguno hubiese quedado vivo?

Nos estábamos refiriendo a una pandilla de traficantes de drogas. No quedó un solo tipo para contarlos, aun cuando hubo momentos en que estuve más cerca de la fosa que ningún otro.

—¿Qué quieres, Bruce? —preguntó.

Lo llevé al callejón donde había dejado mi coche y le conté lo de Millie Algren. Luego agregué:

—Quiero saber quién era ella, de dónde venía y qué clase de apuro era el suyo. También quiero informes de «Pies Planos».

—No podré hacer nada —dijo Cony, y sentí cómo se estremecía—. Apenas voy por ahí. Tengo ya cincuenta y cinco años. Estoy

seguro de que en la ciudad encontrarás a alguien que podrá informarte. Pero yo no sé una palabra.

—Tú eres el mejor tipo —saqué un fajo de billetes y aparté cincuenta dólares de mi ganancia.

Cony miró el dinero y se pasó la lengua por los labios.

—Aquí tienes cincuenta pavos, Cony —le dije.

—Te repito que no sé nada.

Le puse los cincuenta dólares en la mano y se la cerré.

—Te llamaré dentro de dos horas a los billares de Luigi Bardini.

—¿Dos horas...?

—Sí, ciento veinte minutos. Anda, date prisa.

Se perdió en la oscuridad soltando imprecaciones.

Entré en el coche y lo puse en marcha. Apenas había recorrido diez yardas cuando algo emergió por detrás del asiento y un cañón se apoyó en mi nuca.

CAPÍTULO V

Le miré la cara por el retrovisor. No, no era «Pies Planos» ni tampoco el «Sietemesino». Nunca le había visto antes de ahora. Estaba por los treinta y cinco o cuarenta años y era de frente estrecha y ojos muy juntos.

—Hola, chico —le dije—. ¿Dónde quieres que te lleve?

Sus ojos parpadearon con un poco de asombro, pero luego torció la boca sonriente.

—Así me gusta, que no se ablanden. Sigue corriendo hacia delante. Éste es el camino del río y por allí debe de haber algún sitio donde nos podamos divertir.

—Corriente.

—Pero te voy a advertir una cosa, sabueso. No apartes las manos del volante.

—¿Por qué iba a apartarlas?

Guardamos silencio.

Empecé a pisar el acelerador y la aguja del velocímetro subió rápidamente.

—No tan deprisa —dijo.

—Quisiera saber una cosa.

—¿El qué, sabueso?

—¿Dónde nos hemos visto antes tú y yo?

—No nos hemos visto.

—Estoy seguro de que sí... Ahora recuerdo... En Nueva Jersey, hace dos años.

—Nunca estuve en Nueva Jersey.

—¿O fue en los Apalaches cuando lo de Joe Barbara?

Me estaba refiriendo a la convención del crimen que se reunió en los Apalaches, en la casa del *gangster* Joe Barbara, por el año mil novecientos cincuenta y siete. Yo estuve allí cumpliendo una misión, aunque los «polis» me apartaron del asunto.

—Nunca fui a los Apalaches —dijo.

Lo creí. Sólo quería saber de dónde había salido aquella rata. No; su vertedero no estaba en Nueva York. La habían importado lo mismo que a «Pies Planos» y eso me demostró que no andaba descaminado cuando le dije a mi amigo el teniente que el asunto de la muchacha no era una cosa vulgar.

El Hudson brilló a mi izquierda.

Estaba corriendo un peligro. Si «Frente Estrecha» apretaba el disparador, no sólo mancharía con mis sesos el tapizado del coche, sino que yo no tendría ninguna posibilidad de luchar por mi vida.

Continuamos un rato bordeando el río y de pronto, él dijo:

—Tuerce a la derecha.

Aquel lugar era muy solitario, con algunas edificaciones que estaban a oscuras.

—Frena —dijo.

El cañón seguía apoyado en mi nuca. Pensé mentalmente en la clase de pulso que podría tener aquel bastardo.

Vi un hoyo delante de mí y sin pestañear doblé ligeramente el volante. El neumático se coló por el agujero. El coche se bamboleó y el verdugo perdió el equilibrio. Entonces apretó el gatillo.

La bala chocó contra el parabrisas y a mí me dejó sordo.

Me revolví como una centella. Durante una décima de segundo tuve la impresión de que de nada había servido lo que había hecho porque el cañón me estaba apuntando entre los dos ojos. Por fortuna, el muchacho todavía no había logrado recuperar el equilibrio y, para cuando lo consiguió, un segundo más tarde, le había aferrado ya por la muñeca. Sonó otro disparo y esta vez el proyectil chocó contra el cristal de la ventanilla.

Levanté el brazo armado del asesino y lo bajé rápidamente, con todas mis fuerzas, saltando en el asiento.

Faltó poco para que le partiese el hueso.

La mano del fulano se abrió y el arma cayó sobre el tapizado. Empezó a escupir obscenidades. Nunca me han agradado los tipos mal educados, de modo que le cerré la boca de un puñetazo, enviándolo contra el piso del coche. Luego salté de mi asiento al suyo y le puse los pies sobre el pecho.

Escupió un diente y cuando agotó el repertorio de sus maldiciones, respiró entre jadeos.

—Anda, chico, empieza a hablar.

Me dijo una cosa muy fea acerca de mi familia y le sacudí otra vez.

—¿Cuál es tu nombre?

—Sacco.

—Completo.

—Buddy Sacco.

—Muy bien, Buddy. ¿Quién te ha pagado?

—Va a saber muy poco de mí.

—Qué tipo tan vivo.

Le atrapé un trozo de estómago y se lo retorcí.

—Espere, Dennison. Se lo contaré todo.

—Adelante, chico. Te escucho.

—Yo estaba en el bar «Cristal» cuando entró un tipo y se dirigió hacia mí. Nunca lo había visto antes.

—¿Cuál era su nombre?

—No dio ninguno. Sólo me largó doscientos machacantes. Yo tenía que ir al bar de un tal Joe Kelton y esperarlo allí. Si usted aparecía tendría que seguirlo y darle el pasaporte.

—Describeme a ese tipo.

—Unos cuarenta años de edad, talla normal, cabello negro. Mueve la parte derecha de la cara.

—¿Cómo si tuviese un tic nervioso?

—Sí, eso es.

—¿Qué más sabes de él?

—Eso es todo.

—¿No te dijo que te volvería a ver?

—No. Sólo advirtió que yo debía cumplir.

Encendí un cigarrillo y Sacco dijo:

—Déjeme levantarme.

Le registré los bolsillos para cerciorarme de que no llevaba ninguna otra arma y entonces lo dejé sentarse a mi lado.

—Quiero de ti una cosa, Sacco.

—¿El qué?

—Regresarás a aquel bar, el «Cristal», y si vuelve el hombre del tic nervioso, te las arreglarás para seguirlo.

—¿Qué voy a ganar yo con eso?

—Conservarás la vida y te daré cien dólares.

No me gusta hacer tratos con gentuza como Sacco, pero tal como estaba el negocio tenía que arriesgarme.

—Está bien, Dennison.

Lo miré fijamente a los ojos para leer en su pensamiento.

—No pienses en cumplir la misión que te confiaron.

—¿Cómo?

—La de matarme.

—No lo haré, Dennison.

—Muy bien, chico. Te llevaré al bar «Cristal», pero los dos iremos en el asiento delantero.

Me apoderé de su pistola y la guardé en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego emprendimos la marcha. Estaba seguro de haberlo engañado. Ahora él me iba a servir de rastreador. Naturalmente no le había creído una palabra acerca de lo que había dicho. Sólo había un punto admisible. El hombre que le daba las órdenes era el mismo que había aparecido por el negocio de Joe Kelton cuando Millie Algren estaba esperándome. Todo lo demás, eran cuentos chinos.

El «Cristal» estaba en la calle 63.

Durante el viaje, Sacco se entretuvo en cortar la hemorragia de su boca.

—No se llegue hasta el bar —dijo—. Deténgase a una buena distancia.

Arrimé el carro al bordillo de la acera cien yardas antes de llegar al bar. Sacco fue a descender y lo tomé del brazo.

—¿Qué quiere ahora?

—Cien dólares, recuerda.

—Sí, Dennison.

Salió del coche y echó a andar por la acera hacia delante.

Me quedé fumando un cigarrillo, viendo cómo se alejaba. Al cabo de un rato se decidió a cruzar la calle.

De pronto sentí el ruido de un motor a mis espaldas. Volví la cabeza y vi un coche negro que avanzaba a toda velocidad.

Supe lo que iba a pasar y me arrojé al piso del coche.

Oí una ráfaga y un enjambre de balas mordieron en la carrocería del coche y entraron por la ventanilla.

Los cristales estallaron.

Luego oí un grito de muerte.

Cuando me incorporé, el coche ya había desaparecido a lo lejos. Tendido en medio de la calle estaba Sacco.

Dos hombres corrieron desde la acera acercándose al cuerpo inmóvil.

Una mujer salió del «Cristal» y se puso a dar gritos.

No; Sacco ya no me podría servir para nada. Lo habían liquidado.

Puse en marcha el coche y di la vuelta, alejándome de allí a toda prisa.

CAPÍTULO VI

Hacía más de cuatro meses que no veía a Rae Hall y eso había servido para que ella se pusiese más hermosa.

Rae era una pelirroja de veintiséis años, de curvas abundosas y rostro bello. Nunca he conocido a una mujer como Rae. Uno podía contarle todas sus cosas con la seguridad de que estaba hablando con una auténtica amiga. Un par de años antes se había quedado con un restaurante en Brooklyn. Sabía cuidar a la clientela y le iba bastante bien.

Estaba hablando con un parroquiano cuando entré en su negocio y, después de hacerle un saludo con la mano, fui a un reservado. Ella no tardó en llegar. Se quedó en el hueco de la puerta, con un brazo en jarras.

—No puedo creerlo. Bruce Dennison en mi casa.

—Tuve mucho jaleo durante este tiempo.

—Apuesto a que fue lo contrario —sonrió ella—. Sólo te veo cuando estás metido en un lío.

Así era ella de lista.

Se sentó y la tomé de un brazo y la atraje contra mí, besándola en la boca.

—Siempre tienes razón, Rae. Lo siento. Procuraré venir más a menudo.

—No te preocupes.

Apretó un timbre que había en la pared y a poco apareció un mozo.

—Dos *whiskies* —pidió—. Uno de ellos doble.

No volvimos a hablar hasta haber bebido un trago.

—¿Qué es esta vez, Bruce? —preguntó Rae.

Le conté lo que me había ocurrido cuando llegué al negocio de Joe Kelton, procedente de Hoboken y todo lo que siguió después.

—Parece que estás en un buen lío —comentó—. Veinticuatro

horas no es mucho tiempo.

—He logrado sacar a los bastardos de su madriguera. Me quieren dar caza y eso siempre es bueno.

Sonrió.

—Eres la primera persona que conozco que le gusta jugarse la piel.

—¿Quién dice que me gusta?

—Yo. Basta verte los ojos. Cuando tu vida depende de un hilo, cobran un brillo especial y es justo el que ahora tienen.

Encendí dos cigarrillos y le di uno.

—¿Cuándo vas a sentar la cabeza, Bruce?

Le di una palmada en el brazo desnudo. Su piel era suave.

—Anda, Rae, haz algo por mí.

Hubo un silencio y luego ella se levantó. Junto a la puerta dio media vuelta.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres, Bruce?

Le dije que sí con la cabeza y entonces salió del reservado.

Transcurrieron diez minutos y ella regresó.

—He hecho un par de llamadas y he urgido para que me den pronto una respuesta. Es todo lo que puedo hacer, Bruce.

—Eres muy amable.

Había bebido mi *whisky* doble. Rae me acercó el suyo que apenas había tocado.

—Anda, bebe.

Lo bebí y me gustó aquel sabor del licor mezclado con el carmín de sus labios.

—Bruce...

—¿Sí?

—Me han hecho una oferta para ir a Miami.

—Es un buen lugar.

—Se trata de una ocasión. Un amigo mío contrajo una enfermedad y no puede estar al frente de su negocio, un restaurante. He de pagarle una cantidad al contado y el resto en cinco años. Ya sabes que estuve una vez por allí y que me gustó.

—Aprovecha la oportunidad.

—No quiero ir sola.

—Estoy seguro de que no lo estarás mucho tiempo. Eres una mujer por la que cualquier hombre sería capaz de hacer mucha

cosas.

—Me gustaría que fueses tú.

—Agradezco tus palabras, Rae, pero yo no sirvo para eso.

—Necesito alguien que imponga el orden, y no he conocido a un hombre más efectivo que tú.

—No, Rae. Ésa no es la clase de trabajo que a mí me gusta hacer.

—Comprendo. Tú has de estar a la gresca las veinticuatro horas del día.

—No lo tomes así, Rae.

Sonrió.

—Tengo la esperanza de que cambies de opinión en la próxima semana. Será entonces cuando deba contestar definitivamente.

Sacudí la cabeza en sentido negativo.

—No, Rae. Eso no es para mí.

—Ya te entiendo. Lo tuyo ha de ser la sangre y las tripas al sol.

No dije nada y entonces ella me apretó una mano.

—Lo siento, Bruce. No he debido decirlo.

—No tiene importancia.

Apareció un mozo.

—La llaman al teléfono, señorita Hall.

Rae se marchó y estuvo ausente como cosa de diez minutos. Al fin regresó y ocupó la silla.

—Millie Algren cantaba en un club nocturno llamado «La Gaviota». La muchacha se marchó de allí hace cuatro días sin decir nada. No la han vuelto a ver.

—«La Gaviota». ¿Dónde está eso?

Me dio la dirección y entonces me puse en pie.

—Gracias, Rae.

Antes de salir del reservado se llegó a mi lado.

—Has hecho un pacto con el teniente —me recordó.

—Sí.

—Dile todo lo que sabes y ahora él se encargará de lo demás.

—Hay cosas que al teniente le resultarán más difíciles que a mí.

—Ya sé, él encontrará obstáculos en su camino que sólo salvará de acuerdo con la Ley. Pero tú los barrerás pese a todo.

—Quizá sea eso.

—Pero cualquier día te matarán.

—Ya cuento con ello.

—¿Y qué esperas? ¿Qué te den una medalla por tu valor?

—No, Rae. No espero que me den una medalla —le acaricié la cara y la besé en los labios—. Gracias, Rae. Sigues siendo la buena chica que yo conocí.

«La Gaviota» resultó ser un club nocturno de no muy buen aspecto.

Cuando entré en el local, en uno de los rincones se había iniciado una pelea y los empleados de la casa se multiplicaban para que no se convirtiese en una batalla campal.

Me senté en un taburete de la barra mientras oía estrépito de botellas rotas y una mujer se ponía a dar chillidos.

Un tipo de tez aceitunada y patillas largas se me acercó por el otro lado.

—¿Qué va a tomar?

—*Whisky*.

Apareció un maestro de ceremonias bajo un foco de luz anunciando que la dirección de «La Gaviota» tenía mucho gusto en presentar a la pareja internacional Mary y Fred.

Fue un número de pobre categoría, lo mismo que el *whisky* que estaba bebiendo.

Una mano tironeó de mi brazo y giré. A mi lado había una rubia de cara descarada y senos opulentos.

—Hola, chico.

—¿Cómo estás, rubia?

—La mar de aburrida. Pero las cartas me dijeron que esta noche me encontraría con un buen mozo. ¿Me invitas?

—Claro que sí.

Pidió un *whisky* y bebió un trago.

—No te he visto antes por aquí —dijo.

—Apenas salgo de casa. Me dedico a domar pulgas y ése es un trabajo muy laborioso.

Se me quedó mirando con las cejas enarcadas, porque no sabía si creerme. Finalmente desistió del intento.

—Si has venido a divertirte, yo puedo ser tu pareja.

—Me recomendó el local un amigo, ¿sabes? Y también me recomendó una muchacha.

—¿A quién?

—Millie Algren.

—Ella ya no está aquí. ¿No te lo dijeron?

—Todavía no lo pregunté. El amigo que me habló de Millie me dijo que ella era un portento.

—Tu amigo debe pertenecer al Ejército de Salvación. Millie era una muchacha demasiado aburrida.

—¿Qué vas a decir tú?

—No era capaz de hacer reír a un solo cliente.

—Bueno, quizá se llegue esta noche y la pueda conocer.

—Eso no ocurrirá. Ella se marchó de aquí sin despedirse siquiera y, cuando se hace eso, es para no volver.

—Apuesto a que alguien conoce su nueva dirección.

—No.

—Habrá alguien que fue su amiga.

—Millie compartía una habitación con Kathy Chaves... pero, oye, ¿por qué infiernos tienes tanto interés en Millie? Yo tengo más cosas que ella.

Las tenía, indudablemente, pero yo no había ido allí para lo que ella creía.

—¿Quién es Kathy Chaves?

—Duro con el asunto. Oye, ¿es que eres tonto?

Saqué el fajo de billetes y aparté cinco dólares.

—¿Dónde está Kathy? —repetí.

Atrapó los cinco dólares y los guardó en el escote. Luego desparramó la mirada por el local. Ya se había terminado el número de los bailarines y se habían encendido las luces.

—Es la morena que está con aquel rubio.

Seguí la dirección de sus ojos y vi la pareja a que se refería. Luego le di las gracias y salté del taburete.

—Hola, Kathy —dije al llegar ante la mesa.

Ella y el hombre me miraron.

—No moleste —dijo él.

No le dediqué siquiera una mirada al fulano. Con los ojos fijos en los de Kathy dije:

—Te traigo un recado de Millie Algren, Kathy.

Se levantó de un salto y me tomó del brazo.

Kathy era muy atractiva, morena, de ojos negros, cintura estrecha y amplias caderas.

—Salgamos un momento —dije—. Tengo ganas de respirar un poco de aire.

El tipo que estaba con ella se levantó de un salto.

—Todavía no ha habido ninguna trotona que deje plantado a Jim Savage.

Le dediqué unos segundos. Era un tipo muy fuerte.

—No se lo tome así, hijo. Dentro de un rato le devolveré a Kathy.

—Usted no va a devolver nada, perdonavidas. Ella está conmigo y me está costando ya tres dólares.

Chasqué la lengua.

—Cuando uno está con una dama no debe tener en cuenta lo que le cuesta. ¿No lo sabe, hijo?

—¿Quién le manda meterse donde no le llaman? No acepto consejos de nadie.

—Hace mal, hijo. Los consejos siempre vienen bien.

—Yo le voy a dar a usted otro.

—Hágalo, hijo.

—Pero se lo voy a dar con música.

Eché el puño atrás con la intención de golpearme la cara. Era demasiado pesado y le costó una eternidad impulsar el brazo.

Me ladeé un poco, burlando el golpe, y cuando el tipo perdió el equilibrio, y se vino sobre mí, le casqué en el mentón. No puse mucha fuerza en el golpe, pero el fulano se derrumbó en la silla, puso los ojos en blanco y finalmente hundió la barbilla en el pecho, quedando inmóvil.



Le pegué en el mentón

—Caramba —dijo Kathy—. Es usted la mar de fuerte.
La tomé del brazo.

—Anda, vamos.

Salí del local, pero al llegar a la calle ya tenía la mano derecha en la pistola para hacer frente a cualquier peligro. Miré a un lado y

otro sin observar nada sospechoso.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A cualquier sitio que huela mejor que esta covacha.

—¿Por qué no me llevas a dónde está Millie?

—Está en la Morgue, Kathy.

Abrió mucho los ojos y la boca.

—¡No es posible!

—No me gusta engañar, a menos que sea imprescindible.

Se tambaleó y la tuve que agarrar para que no cayese.

—Millie —se pasó una mano por la cara—. Millie muerta... ¡Es horrible!

—Vamos —dije, y la acompañé adonde tenía el coche.

Mientras avanzábamos, miré en mi derredor. No sabía si los hijos de perra estarían cerca o lejos.

Saqué la pistola y observé los dos asientos del «Buick». No; dentro no había nadie.

Sólo existía una explicación para comprender el respiro que me proporcionaron. Ellos me habían mandado a Sacco para que me liquidase y luego me rociaron con balas cerca del bar «Cristal». No habían tenido en cuenta que pudiese salvar las dos coyunturas y tampoco podían suponer que diese tan pronto con la pista de Millie Algren. Bien; tal como estaban las cosas, debía aprovechar mi ventaja.

Kathy y yo fuimos a un bar donde había poca gente. Conocía al dueño, Sammy King, un antiguo boxeador de los pesados que iba para mucho, pero le quebraron la mandíbula y se quedó en nada.

Cuando entramos en el reservado, Kathy se movía como una sonámbula. Le tomé una mano y noté que la tenía helada. Se la froté suavemente mientras traían el *whisky*. Bebimos y le alcé la barbilla.

—Kathy, mírame.

Me miró.

—Soy Bruce Dennison, un detective privado.

Movió la cabeza indicando que sabía quién era yo.

—Millie me estuvo buscando esta tarde, pero cuando llegué a su lado no pude evitar que la matasen. Quizá tuve un poco de culpa, pero ahora quiero rectificar. ¿Lo entiendes, Kathy...? Quiero aplastar al asesino como a una sabandija. Y no sólo eso, Kathy.

También quiero hacer morder el polvo a los tipos que están detrás del que apretó el gatillo. Pero necesito tu ayuda. Kathy.

—Sí, Bruce. Te ayudaré.

—Háblame de ella.

—La conocí hace seis meses. Fue en el despacho de un agente artístico. Las dos buscábamos trabajo y nos contrataron para un espectáculo burlesco que debía hacer una *tournée* por algunos pueblos del Estado de Nueva York. Entre Millie y yo nació una verdadera amistad. Compartíamos la misma habitación en los hoteles. Un día me dijo que ella no se llamaba Millie Algren... Su verdadero nombre era Verónica. Verónica Mortimer...

CAPÍTULO VII

—¿Te contó su historia, Kathy?

—No. Sólo me dijo eso. Su verdadero nombre.

—¿Qué otra cosa, Kathy?

—A pesar de nuestra intimidad, no me confió nada más.

—¿Por qué se marchó hace cuatro días?

—Tampoco me dijo nada, pero últimamente se había mostrado más preocupada que de costumbre. Le pregunté qué le ocurría y ella dijo que le daban algunos dolores de cabeza. Tuve la impresión de que estaba mintiendo.

—¿Le conociste algún amigo?

—No intimaba con nadie. Trabajaba en «La Gaviota», pero todo lo hacía sin el menor entusiasmo. Siempre terminaba por romper con los clientes.

Las palabras de Kathy me decepcionaron. Había pensado por un momento que ella iba a descorrer el velo del misterio que rodeaba la muerte de Millie Algren.

—¿Vivía contigo, Kathy?

—Sí.

—Me imagino que se dejaría algo en tu apartamento.

—Sí, una valija y mucha ropa.

—¿Algún papel, foto o cualquier otra cosa que sirva para seguir el rastro de su pasado?

—No, no hay nada.

Apuré el vaso de *whisky*.

—Será mejor que me dé una vuelta contigo por allí. Quizá encuentre algo.

—Como quieras.

Fuimos a su apartamento. El edificio era de aspecto muy modesto.

Subimos en el ascensor a la cuarta planta. Ella metió la llave en

la cerradura de la puerta 23. Yo la aparté a un lado porque quería entrar primero. Di la vuelta al conmutador de la luz.

Kathy lanzó un grito.

No; en la habitación no había nadie, pero todo estaba revuelto. Un par de sillones habían sido destripados.

Saqué la pistola que había pertenecido a Sacco y crucé la estancia impulsando con un puntapié una puerta que estaba entreabierta. Habían dejado la luz encendida y vi un dormitorio Su aspecto no era mejor que el del *living*. Todo hallábase en desorden, las ropas por el suelo, la cama deshecha y el colchón igualmente desgarrado con gran parte de su contenido por el suelo.

Kathy seguía en el mismo sitio donde yo la había dejado. Pasé a la cocina y al cuarto de baño, donde también habían registrado, dejándolo todo patas arriba.

—Cierra la puerta, Kathy. Estamos los dos solos.

Ella después de cerrar, dijo:

—Dios mío, ¿qué es lo que han estado buscando?

—Está claro. Algo que tenía Millie y que no pudieron conseguir.

—¿Cómo sabes que no se lo han llevado?

—Es muy poco probable. Lo han destrozado todo —quedé pensativo—. A menos que lo hayan encontrado en el último momento.

—Pero ¿qué puede ser?

—No tengo la más ligera idea.

Me acerqué a Kathy y la tomé por los brazos.

—Kathy, debes recordar todo lo ocurrido durante los seis meses que has pasado junto a Millie.

—Pero ¿el qué?

—Vívelo otra vez con el pensamiento. Has de acordarte de lo que hacía Millie.

Se sentó en el borde del sillón, sumergiéndose en sus recuerdos.

Encendí un cigarrillo, y me puse a pasear.

—Bruce...

—¿Sí?

—No sé si tiene importancia.

—Habla.

—Millie tuvo una pesadilla. Ocurrió hace cosa de dos meses... Empezó a hablar en sueños.

—¿Qué es lo que dijo?

Fijó la mirada en el cielo raso.

—La oí decir: «¿Cómo puede hablar usted así de su hijo...?».

—¿Qué más?

—Y luego agregó: «Lo quiera o no, él es mi padre».

—Continúa, Kathy.

—De pronto se echó a llorar. Entonces salté de la cama y fui a despertarla, pero cuando le puse las manos encima empezó a gritar: «¡No me azoten. Yo no tengo la culpa, no la tengo...! ¡Por lo que más quieran, no me peguen más!». Entonces Millie despertó.

—¿Le dijiste lo que habías oído?

—Sí, pero ella me contestó que había sido un sueño tonto.

—¿Se repitió?

—No, nunca, aun cuando ha tenido alguna otra pesadilla. Pero nunca habló en voz alta o si lo hizo yo estaba demasiado dormida para escucharla.

Repetí mentalmente las palabras que a juicio de Kathy había pronunciado Millie en su delirio. No tenían ningún sentido para mí.

—Saca esa valija, Kathy. Quiero verla.

Trajo la valija. Estaba despanzurrada. No era muy nueva. La observé detenidamente, pero ya alguien había registrado pulgada a pulgada antes que yo. También me trajo su ropa y todo lo que había en el cuarto de baño y que era propiedad de Millie. No conseguí dar con nada que me pudiese servir. Finalmente, di por terminado el trabajo.

—Será mejor que me acompañes, Kathy —dije.

—¿A dónde?

—A la policía.

—¿Por qué he de ir a la policía? No sé nada acerca de la muerte de Millie.

—No se trata de eso, sino de tu seguridad.

—¿Crees que ellos...? —se interrumpió.

—Después de ver lo que ha pasado aquí, estoy dispuesto a jurar que no te dejarán en paz. Sigo creyendo que no han encontrado lo que buscaban y ellos pueden pensar que tú sabes algo acerca de ello.

Titubeó muy pocos instantes. Tenía el miedo metido en el cuerpo.

—Sí, Bruce... Si crees que es mejor estoy dispuesta a ir.

La puerta se abrió de golpe, pero esta vez estaba preparado porque conservaba la pistola en la mano. Entraron dos tipos con el arma lista para hacer fuego. Ninguno de ellos era «Pies Planos».

—¡Quietos! —grité, pero ninguno me obedeció.

No podía preguntarles acerca de sus intenciones porque estaban claras. Disparé contra los dos, una bala para cada uno.

Ambos se derrumbaron y el segundo logró disparar, pero ya había perdido su puntería y la bala picoteó en el techo.

A uno de ellos lo había acertado en el corazón y murió instantáneamente. El otro tenía el plomo en las tripas y se revolvió para hacer fuego contra mí. Le pegué un patadón en la muñeca, enviando la pistola por los aires.

Kathy se puso a chillar.

Me agaché sobre el superviviente y lo atrapé por el cuello de la camisa. Era un tipo de unos cuarenta años, rechoncho, de doble papada.

—¿Quién es tu patrón? —le pregunté.

Me escupió en la cara.

En el apartamento de arriba, una mujer se puso a dar gritos también. Antes de un minuto, la casa se habría convertido en un infierno.

—Habla —dije otra vez al gordo, pero ahora el tipo hizo una mueca y se murió, dejando una obscenidad a medio acabar.

Le solté de la camisa y golpeó la cabeza contra el suelo.

Me moví rápidamente hacia el teléfono y marqué el número de la policía. Antes de que me dijese nada hablé muy rápido y di un recado para el teniente Foster Cook. El agente me preguntó quién llamaba, pero yo no se lo dije. Foster lo sabría apenas llegase allí.

Colgué y me acerqué a la muchacha.

—Kathy, la policía llegará dentro de unos instantes. Tienes que serenarte.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y me dijo que sí, que se serenaría.

Por el corredor oí pasos y me volví rápidamente con la pistola.

Apareció una señora con la cabeza llena de bigudíes.

Nos miró a nosotros, luego a los cadáveres y por último lanzó un grito y cayó desmayada en el suelo.

Hablé otra vez a Kathy.

—Si recuerdas algo, díselo al teniente. Él sabrá lo qué hacer.

—Sí, Bruce.

—Buena chica.

La besé en la mejilla y eché a correr.

Cuando salí a la calle oí a lo lejos la sirena policíaca. Me metí en el coche y apreté el acelerador a fondo.

Diez minutos más tarde me introduje en la cabina telefónica de un bar y marqué el número de los billares Luigi Bardini. Pregunté por Cony Shad.

—Hola, Cony —dije cuando oí su voz.

—No hay nada.

—Vamos, suéltalo.

—Te digo que no hay nada.

—Oye, Cony. Te conozco perfectamente. Me basta oír tu voz para saber que tienes algo en la barriga.

—No me gusta nada el asunto.

—A mí tampoco y no estoy en él por mi gusto.

—Quizá el que me lo dijo se equivocó.

—Déjate de historias y dime dónde puedo encontrar a «Pies Planos».

Titubeó unos instantes.

—Por lo que más quieras, Bruce, déjalo en paz.

—Cállate, maldito seas, y dime dónde está «Pies Planos».

—Es un hotel de mala muerte, y allí no toleran la visita de un sabueso.

—¿Ves? Eso ya me gusta más. ¿Cómo se llama ese hotel y dónde está?

—¡Bruce!

—Maldita sea. Invertí en ti cincuenta dólares.

—Está bien. «Hotel Mercury», calle 143, éste.

—Gracias.

—Óyeme, Bruce. Yo no te he dicho nada...

—Claro que no, muchacho. No me habrás dicho nada si el dato es cierto.

—¿Te he mentado alguna vez, Bruce?

—Reza porque ésta no sea la primera.

Colgué y poco después corría hacia la calle 143, éste.

CAPÍTULO VIII

Era un hotel infecto, tal como esperaba. El edificio había sido construido por el año 1920.

Empujé una puerta y se oyó un campanilleo. El tipo que estaba tras el mostrador alzó los ojos. Estaba por los cincuenta años de edad y poseía una cabeza afechinada, casi calva, y defendía los ojos con lentes.

Estaba leyendo un diario y apartó la vista de la columna de letras para mirarme por encima de los cristales.

—Buenas noches —saludé.

Emitió un gruñido.

—Quiero una habitación.

Esbozó media sonrisa y le salió una mueca completa.

—Tuvo mala suerte.

—¿Sí?

—Está todo ocupado.

Saqué un fajo de billetes y aparté tres dólares que dejé sobre el mostrador.

—No tengo ganas de ir corriendo por ahí y éste es el sitio que me interesa.

—¿Por qué le interesa?

—Un amigo me lo recomendó como el mejor lugar donde la esposa no lo puede encontrar a uno.

Puso una cara de lástima.

—De modo que está casado.

—Sí.

—Yo también, amigo... ¿No la oye?

Presté atención. Por el resquicio de una puerta se oía un ronquido.

—Pesa ciento veinte kilos. Le aseguro que es lo más parecido a una ballena. ¿Por qué diablos han de ponerse así? Cuando nos

casamos, hace cinco años, ella pesaba cincuenta y cinco y había ganado un concurso de belleza. Yo era el presidente del jurado. ¿Qué le parece eso?

Largué un bostezo.

—¿Qué habitación me va a dar? Tengo ganas de dormir.

—La ocho.

—Muy bien. Deme la llave.

—Antes tendrá que inscribir su nombre.

—Oh, sí, desde luego —abrí el libro del registro que estaba encima del tablero. Lo hice por la parte donde estaba el secante. La hoja de la derecha estaba en blanco, pero no la de la izquierda. Donald

O'Bannion.

Ése era el nombre que estaba escrito en la página.

Rellené el formulario inscribiéndome con el nombre de Peter Hoffman. Luego señalé con la pluma el otro lado del libro.

—¡Demonios, a esto llamo yo suerte! Hace no menos de dos años que no me tropezaba con

O'Bannion.

El encargado enarcó las cejas y agregué con una sonrisa:

—Un tipo delgado, bajo, que cuando se ríe tuerce un poco la nariz...

—No, no es ése.

—Bueno, quizá ha adelgazado más.

—Todo lo contrario. El tipo este es muy fuerte.

—Orejas como soplillos.

—No. Parecen dos repollos.

—Bueno —dije—. Es una lástima, Creí que podría charlar un rato con él antes de irme a dormir.

O'Bannion

es el tipo más chistoso que he conocido en toda mi vida. Los sabe de todos los colores.

Me dio la llave de la habitación número ocho, la vecina a la siete, justamente donde se encontraba

O'Bannion,

alias «Pies Planos».

No había ascensor y subí la escalera. Las habitaciones siete y ocho estaban en la segunda planta. Naturalmente, el encargado

estaría abajo con el oído atento.

Abrí la puerta de la habitación ocho y me colé dentro. Luego me quité los zapatos. Saqué la pistola y me cercioré de que iba a funcionar bien durante los próximos dos minutos. Entonces hice girar el tirador y presté atención a la escalera. No; no oí ningún ruido.

Salí al corredor y pegué la oreja a la puerta número 7. No pude apreciar siquiera la respiración de «Pies Planos». Entonces saqué la llave falsa y con mucho cuidado la introduje en la cerradura. La hice girar poco a poco.

De pronto se produjo un chasquido y me detuve sintiendo los latidos de mi pulso.

Otra vez lo intenté y finalmente noté que lo había conseguido. Cargué el hombro contra la puerta y penetré en la estancia como un ciclón.

Apenas hube traspuesto el umbral, un objeto duro me golpeó el cuello.

Instintivamente, había levantado el brazo y gracias a eso pude salvar la vida. «Pies Planos» era más listo de lo que yo creía. Me había oído desde fuera y estaba allí preparado. No se había atrevido a descerrajarme un tiro a la primera, quizá por temor a que yo fuese de la *poli* y llegase allí acompañado.

En un instante me reconoció y entonces se dispuso a agujerearme la piel. Todo eso estaba ocurriendo mientras daba un traspie.

Choqué contra las patas de la cama y me revolví.

«Pies Planos» ya había empezado a levantar la pistola para hacer su disparo.

Durante una décima de segundo comprendí que los dos dispararíamos a un tiempo y que juntos, como buenos compañeros, nos iríamos al infierno. No me gustó nada el programa.

Salté en el aire y le pegué un patadón en la mano.

Su pistola chocó contra el techo y cayó sobre la cama.

Salté demasiado arriba para conseguir mi objetivo y, cuando choqué contra el suelo, creí que me rompía la columna vertebral.

«Pies Planos» se abalanzó sobre mí para pisotearme el cráneo.

Levanté el brazo y le golpeé con el cañón en la ingle.

Lanzó un grito y cayó de rodillas sobre mí. Entonces, sin un

titubeo, le volví a cazar con la pistola en el maxilar inferior.

Se derrumbó hacia atrás, soltando más aullidos.

Me puse en pie rápidamente y le apunté a la cabeza.

—Silencio,

O'Bannion.

Cerré de un puntapié la puerta. El encargado no había aparecido y eso me inquietó.

Alcancé la pistola de «Pies Planos» y la guardé en el bolsillo. Él, mientras tanto, se dejó caer en una silla tocándose el mentón.

—Me lo ha quebrado, bastardo.

—Anda,

O'Bannion.

Empieza la canción.

—No soy

O'Bannion.

—Me importa un rábano cuál sea tu verdadero nombre, «Pies Planos».

Sacudió la cabeza.

—Está bien. ¿Quieres saber por qué maté a la muchacha?

—Sí.

—Me vengué de ella.

—¿Por qué?

—Íbamos a casarnos y se largó con otro.

—¿Dónde ocurrió eso?

Se pasó la lengua por los labios.

—En Búfalo.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de dos años.

—Dime el nombre de la muchacha.

—Millie Algren.

—¿Quién era ella?

—Una bailarina.

—¿Dónde trabajaba?

—En Búfalo.

—Local.

—«El gato pardo».

—¿Quiénes eran los padres?

—No los conocí.

—¿Algún familiar?

—Ninguno.

—¿Cuál era su verdadero nombre?

—¿Verdadero nombre? ¿Qué broma es ésa?

—Estás mintiendo, «Pies Planos».

—He dicho la verdad.

—Tú no tenías nada que ver con la chica...

Hizo una sucia mueca.

—Déjame en paz, ¿quieres?

—¿Qué va a pasar si yo te dejo en paz?

—No estoy solo.

—Eso me interesa mucho, «Pies Planos». ¿Quién hay contigo?

—Uno siempre tiene amigos.

—No me la puedes pegar. Tú eres sólo un asesino de pacotilla,

O'Bannion,

un fulano al que encargaron un trabajo.

Sonrió jactanciosamente.

—Te equivocas, Dennison.

—¿Qué tenía Millie que os interesaba?

—¿Tenía algo?

—¿Fuiste tú el que registró su casa o fueron tus amigos?

—No sé nada de eso.

—No, ni tampoco sabes nada acerca de ella. Sólo te dijeron que había sido una bailarina, que su nombre era Millie Algren y el lugar donde podrías encontrarla. No necesitabas nada más para quitarla del medio.

—Fue una venganza —repitió—. Me iba a casar con ella y huyó de mi lado.

—Me estás hartando. «Pies Planos».

Se abalanzó sobre mí. Le pude descerrarar un tiro en plena cara, pero en lugar de eso le estrellé la cabeza en las narices.

Se produjo un terrible impacto y cayó sobre sus cuartos traseros gritando otra vez.

Era un repugnante asesino. Había matado a Millie Algren y ahora fanfarroneaba ante mí.

Se lanzó sobre mis pies y le pegué un rodillazo en la frente, echándolo atrás.

Cuando fue a incorporarse de nuevo, le apoyé el cañón de la

pistola en la frente.

—Eres un bicho,
O'Bannion,
y no mereces vivir.

—¿Qué vas a hacer?

—Liquidarte. Buen viaje.

—¡No hagas eso, muchacho...!

—Esta mañana me levanté diciendo que haría una buena acción y ya casi terminó la jornada y no cumplí mi palabra.

—Es cierto.

—¿Qué es lo que es cierto?

—No la conocía. Nunca había visto antes a Millie Algren.

—¿Quién te dio el encargo?

—Yo estaba en Búfalo hace un par de días cuando me hicieron una llamada.

—¿Desde dónde?

—Nueva York. Un tipo me ofreció mil dólares por el trabajo. Es como tú dijiste. Me dio la dirección y me describió a la muchacha.

—¿Quién era el tipo?

—No me lo dijo.

—Claro, y tú te fiaste de él. ¿Cómo infiernos te iba a pagar los mil dólares?

—Me envió el dinero por adelantado. Lo giró a mi nombre, al Banco «American».

—Estás mintiendo otra vez, «Pies Planos», y conmigo no se puede jugar.

—¡Te juro que ahora te digo la verdad...! Me llegué aquí y yo sólo fui en busca de la chica.

—¿Quién te dijo que te hospedases en este hotel?

—Fue cosa mía.

—No lo creo.

—Puedes preguntarlo a Fabían.

—¿Quién es Fabían?

—El tipo de abajo. Me conoce bien. Ya estuve aquí un par de veces.

Lo imaginé recalando allí después de haber realizado sus trabajos. Era un puerco asesino. Sentí tentaciones de apretar el disparador porque aquel canalla no merecía vivir. Pero no me gusta

hacerlo a sangre fría.

—Anda, levántate.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Te entregaré a la policía y tú les contarás todos los trabajos que has hecho.

—Me he portado bien contigo, Dennison. ¿Por qué no quedamos a la par?

Me reí en su cara.

—Si yo te dejase ir ahora, tranquilo, esta noche serías capaz de arrojarme al mar. ¡Andando!

—Tengo dinero.

Le pegué con el cañón en la boca, partiéndole el labio inferior.

—No vuelvas a hablar,

O'Bannion.

Tú y yo nos vamos al precinto. Eso está decidido.

Bajamos la escalera. Seguía con la pistola en la mano, preparado para cualquier contingencia.

Fabían estaba leyendo el periódico como si nada hubiese escuchado. Alzó los ojos cuando ya estábamos abajo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Este bastardo me quiere llevar a la policía —repuso

O'Bannion.

—Eso no está bien —dijo Fabían—. En mi casa no se hacen esas cosas.

Así eran aquellos tipos. En su casa no se podía detener a un asesino. Eso era una falta muy grave que iba contra su decoro.

Tenía la mano metida detrás del mostrador y le advertí:

—Si sacas una pistola, te juro que disparo sin titubear.

Quedó inmóvil como estaba.

—No es cuenta mía —dijo.

—Levanta las manos y ponlas sobre la nuca.

—No irá a robarme la caja.

—No, Fabían. No me interesa tu caja. Sólo quiero conservar mi pellejo.

Alzó los brazos y puso las manos en la nuca, como yo quería. Entonces me acerqué al registro y llevé la zurda al otro lado. Tomé la pistola que había en un cajón y la metí en mi bolsillo. Hacía el número tres de mis pistolas. ¡Y mi amigo el teniente me había

prohibido... portar armas!

Señalé a

O'Bannion

la puerta.

—Listo, muchacho. Nos vamos.

—Piénsalo mejor, Dennison.

—Ya está pensado. ¡Fuera!

Salió a la calle y yo lo hice detrás.

Le indiqué que caminase hacia la derecha, donde había dejado el coche.

De pronto oí el rugido de un motor a mi espalda. Giré bruscamente y lo vi avanzar a menos de diez yardas.

Me arrojé al aire sobre

O'Bannion.

—¡Cuidado,

O'Bannion!

Nos soltaron la primera ráfaga.

Me había agarrado al cuerpo de «Pies Planos» y los dos nos vinimos abajo. Antes de tocar el suelo sentí como el asesino de Millie se estremecía cada vez que una bala le mordía la carne.

El coche pasó por frente y envió una segunda ráfaga.

Vi cómo las balas perforaban el suelo. Trozos de asfalto me salpicaron en la cara como puntas de acero al rojo vivo.

Disparé contra el sedán una, dos, tres veces.

Del coche llegó un grito y eso quería decir que había cazado a alguien. Luego el carro dobló por la primera calle a la izquierda y se alejó zumbando.

Me puse de rodillas, cerciorándome de que no había sido alcanzado por ningún plomo.

Miré lo que quedaba de

O'Bannion

«Pies Planos». Lo habían segado con no menos de seis balas, partiéndolo por la mitad. Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en el cielo, y por la comisura de la boca le escapaba un chorro de sangre.

Aqué! era su final. Liquidado por sus propios compañeros.

Pero yo no había adelantado nada con ello.

Oí pasos y vi que Fabían salía del hotel.

—¿Qué pasó? —dijo.

—Llama a la *poli*, compadre.

Unas cuantas ventanas empezaron a abrirse. Era muy posible que la policía acudiese sin necesidad de la llamada de Fabían. Algún vecino lo habría hecho ya. Tendría que escapar de allí inmediatamente.

Monté en el coche y después de poner el motor en marcha, apreté a fondo el acelerador.

El asunto cada vez estaba peor. ¿Quién era realmente Millie Algren? ¿Por qué había sido asesinada? ¿Qué misterio escondía en su vida?

Me mordí el puño con fuerza pensando en que Millie pudo decirme en qué consistía todo.

De una cosa estaba seguro. Los hijos de perra tratarían de acabar conmigo a cualquier precio.

CAPÍTULO IX

Bebí un *whisky* en la mesa del rincón. Estaba cansado. Muy cansado. Una morena se acercó e intentó pegar la hebra, pero bastó que le dirigiese una mirada para que se espantase.

Puse en orden mis pensamientos una vez más, pero de todo ello no pude lograr nada en claro. Era un condenado lío donde sólo reinaba la oscuridad.

Me metí en la cabina telefónica y marqué el número de Rae.

—Hola, chica —dije cuando oí su voz.

—Santo cielo, Bruce, al fin eres tú. He estado esperando tu llamada.

—No te dije que lo haría.

—Ya sé que no. Pero esta noche no me comporté muy cordialmente contigo, y, bueno, temí que fuese la última vez que nos viésemos.

—No pasó nada.

—Llamé a unos cuantos amigos y sé que pasó algo. Mataron a un hombre en la calle y fue con una ráfaga de metralleta. Con él había otro tipo que se salvó de milagro. Ese eras tú.

—Te he dicho siempre que soy un tipo de suerte.

—¿Hasta cuándo te va a durar, Bruce?

—Oye, Rae, estoy pegando cabezazos contra la pared y ya me cansé un poco. ¿Puedo ir a tu casa?

—Prueba.

Vivía cerca de su negocio. Cuando llamé a la puerta, ella me abrió. Se cubría con un batín de un color rojo, muy ceñido, que contrastaba bellamente con su cabello.

No nos dijimos nada. Pasé el *living* y me senté. Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos.

Oí ruido de cristal y cuando abrí los párpados la vi delante de mí, alargándome un vaso.

Bebí un trago.

—¿Has cenado?

—No.

—Anda, ven a la cocina. Tengo algo en la nevera.

Fue una buena cena y también me sirvió dos pozos negros de café.

Encendimos cigarrillos y al fin rompió el silencio.

—¿Qué vas a hacer, Bruce?

—No lo sé.

—Puedo vender mi negocio mañana mismo y llegar a un acuerdo con mi amigo de Miami.

—No, Rae. Eso no serviría de nada.

—Cualquier buen abogado te sacará del atolladero.

La acerqué y la besé en la boca.

—Es posible, pero no obro porque esté amenazado con ir a la cárcel. Es la propia Millie Algren quien me impulsa a seguir trabajando en este caso.

—A ella la hubiesen matado de todas formas.

—Me eligió a mí para resolver su asunto y yo debí protegerla. Maldita sea... Me basta cerrar los ojos para verla allí, sobrecogida, contra la pared, esperando el momento en que el verdugo se volviese contra ella, para descerrajarle un tiro.

Partí en dos el cigarro.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—No.

Me quedé en la cocina, mientras ella iba a abrir. Pude oír la voz de Foster Cook.

—Hola, Rae.

—Buenas noches, teniente.

—¿Puedo entrar?

—Lo siento, teniente, pero justamente me iba a acostar. Fue un día de duro trabajo para mí.

—Tiene el carmín corrido, Rae.

—¿Es de su incumbencia?

—Usted sólo sería capaz de besar a un hombre. A Bruce Dennison.

En ese estado de cosas, salí de la cocina y me apoyé en el umbral

de la puerta, desde donde miré al teniente que estaba todavía en el corredor, porque Rae sostenía la puerta.

—Sigues siendo un buen detective —dije.

Rae se volvió.

—Gracias, pequeña —sonreí—, pero Foster ya me olió el rastro. El teniente entró en la estancia y luego se dejó caer en un sillón.

Nos miramos en silencio. Pero yo vi que él estaba haciendo esfuerzos por contenerse. Por último dijo:

—Anda, Bruce. Pon las pistolas encima de la mesa.

Me acerqué y fui dejando las armas ante él.

—¿No hay más? —inquirió observando las tres pistolas.

—No me llegó el segundo pedido de Checoslovaquia.

Fue la gota que colmó el vaso. Saltó como si le hubiese aplicado la punta del cigarrillo.

—¡Maldita sea, Bruce!... ¿Qué clase de tipo eres tú? Apenas han transcurrido unas horas desde que nos separamos en el precinto y ¿cuántos muertos has dejado tras de ti?

—No me gustan las estadísticas —dije.

—Cuatro. Cuatro cadáveres.

Sacudí la cabeza.

—Di que eran cuatro seres humanos.

—Lo eran, Bruce.

—¡Y un cuerno! Cuatro asesinos, cuatro malditos bastardos cuya misión en este mundo no era otra que la de matar por dinero, sin importarles lo que fuesen sus víctimas.

—Todos lo habrían pagado.

—¿Cuándo, teniente? Tomemos a Buddy Sacco como ejemplo, o a los dos fulanos que baleé en la casa de Kathy Chaves, o a ese

O'Bannion,

alias «Pies Planos». ¿Cuándo los habrías cazado? ¿Dentro de seis meses cuando hubiesen hecho un par de trabajos más? ¿O la sociedad hubiese tenido que esperar unos años a que cualquiera de ellos llegase al récord del centenar de muertes? Sólo maté a los dos tipos en casa de Kathy, pero confieso que, si no liquidé a

O'Bannion

o a cualquiera de los otros, fue porque pretendía servirme de ellos. No me avergonzaría haber apretado el gatillo que terminó con sus sucias vidas.

El teniente se tomó la cabeza entre las manos.

—Estás loco, Bruce, tanto como ellos.

—Eres muy amable.

—Pero ya no vas a andar suelto por ahí. Te vendrás conmigo al precinto y esta vez no te dejaré salir.

—Muy bien, teniente. Puedes hacer lo que quieras. ¿Nos vamos ya?

Rae intervino con voz agria:

—Ande, teniente, corra y lléveselo. Bruce Dennison es un enemigo público número uno. Ha liquidado a más tipos que cualquier otro hombre y todos ellos eran ciudadanos brillantes, respetados, depositarios de grandes valores morales y cívicos... ¿Cómo vamos a consentir que un hombre como Bruce Dennison ande suelto?

—No ironice, Rae —rezongó el teniente.

—¿Qué quiere que le diga? Siempre lo he tenido a usted por una persona decente, pero encierre a Bruce y empezaré a temer lo que ya presentí hace algún tiempo.

—¿Qué es lo que presentía, Rae?

—Que usted también se contaminaría como todos los demás.

Foster empezó a enrojecer.

—No sabe lo que dice, Rae, y por eso la perdono.

—No tiene que perdonar nada. Admito que usted no consiente el soborno como otros, pero, después de todo, si claudican, da lo mismo que reciba dinero por ello o no. Si le consta que Bruce obró con lealtad y honradez y a pesar de ello lo encierra, usted se pone a la altura de los otros, de los sobornados, de los que obedecen ciegamente a los políticos sin importarles la clase de juramento que hayan hecho.

Foster se pasó una mano por la cara. En ningún momento de su vida había recibido una andanada como la que le acababa de dirigir Rae.

—¡Y un demonio! —exclamó—. ¿Qué queréis que haga yo? Vengo de la casa del comisionado adonde él me mandó llamar. ¿Qué clase de entrevista os creéis que sostuve con él? ¿Qué os figuráis que me dijo...? —Se puso en pie y siguió hablando moviendo mucho las manos—. Me ha hecho responsable de todo. Debí meter a Bruce Dennison en la celda y no dejarlo ir por la

ciudad matando o provocando muertes.

—¿Y usted cree que el comisionado tiene razón? —inquirió Rae.

—¡No, maldita sea! ¡No la tiene! Pero yo tengo que obedecer órdenes —hizo una pausa y me dirigió una mirada—. Está bien, Bruce. Dejaré correr el día y mañana al anochecer te presentarás en el precinto... ¡Pero yo no te he visto!

—Corriente, Foster.

—A propósito del asunto. Ese

O'Bannion

o «Pies Planos» se llamaba Mike Sheen y procedía de Omaha.

—¿Qué más sabes de él?

—Trabajaba con Luke Morrest, pero Luke Morrest sigue en Omaha. El propio Morrest nos ha dicho que licenció a Mike la semana pasada.

—¿Qué hay de los tipos que van en el sedán soltando ráfagas?

—No hemos podido saber nada acerca de ellos. —Se apretó el puente de la nariz y agregó—: Éste es un embrollo que no tiene pies ni cabeza... ¿Quién era esa Millie Algren, de la que nunca hemos oído hablar...? Llevaba algunos meses trabajando en «La Gaviota». También hemos pedido informes a un agente artístico que la contrató para un espectáculo burlesco. Igualmente hemos hablado con Kathy Chaves, su compañera de habitación.

De modo que ellos también se habían movido, aun cuando yo había ido por delante.

—Ahí lo tienes, Bruce —dijo—. Nadie sabe nada de la chica. Era una muchacha que absurdamente se dedicaba a una profesión para la que no servía. Poseía un hermoso cuerpo y una bonita cara, pero en lo espiritual no daba el tipo. ¿De dónde llegó esa muchacha? ¿Qué vino a hacer aquí? ¿Qué clase de persona era ella para que alguien deseara su muerte?

—Sí, teniente. Son muchas preguntas, pero te pasa lo que a mí. No tengo respuesta para ninguna de ellas.

Caminó hacia la mesa donde había dejado las pistolas. Guardó la primera y la segunda. Tomó la tercera y titubeó unos instantes, mirándome. Finalmente, la dejó sobre la mesa.

—No quiero que te maten impunemente —dijo.

Le dirigí una sonrisa.

—Me acordaré de eso cuando esté agonizando.

Caminó hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo a Rae, y salió del apartamento cerrando tras de sí.

Rae y yo quedamos solos. Eché a andar hacia ella.

—Conocía muchas cosas de ti, Rae, pero te ignoraba como oradora.

—No te burles.

—No me burlo.

Me detuve muy cerca. Olía a «Lavanda».

Nos miramos a los ojos y le pasé una mano por la cintura y la atraje contra mí. Nuestros labios se unieron.

CAPÍTULO X

Dormí en el diván y eran las siete de la mañana cuando desperté. Todo estaba en silencio.

Me acerqué a la puerta del dormitorio de Rae, que estaba entreabierta y oí su acompasada respiración. Fui al cuarto de baño y tomé una ducha.

Me estaba frotando vigorosamente con la toalla cuando cruzó por mi mente la idea. Me pilló tan de sorpresa que me quedé quieto un rato, pensando.

Era una posibilidad entre mil, pero era lógico que Millie Algren pensase en ello.

Me vestí rápidamente y salí del cuarto de baño.

Olí a café recién hecho. Fui a la cocina.

Rae ya estaba levantada. La besé en los labios.

—Tengo un hambre de mil demonios.

—En tal caso, es el mejor momento para probar mis cualidades de cocinera.

—Ya lo probé anoche.

Mientras ella freía los huevos con jamón, dije:

—No me gustaría que te quedases aquí, Rae.

—¿Por qué no?

—Ellos pueden saber que me has brindado refugio.

—Que lo sepan. Me importa un rábano.

—Eres muy valiente, pero eso no me va a aliviar.

—Soy mayorcita, ¿sabes?

—¿Por qué no te marchas un par de días con tu hermana, la de Baltimore?

—Emma y yo siempre estamos peleando. Además, quiero saber lo que ocurra con respecto a ti.

—En tal caso me vas a prometer una cosa.

—¿El qué?

—Te voy a llevar a tu restaurante, pero no saldrás de allí en todo el día.

Levantó la mano.

—Está bien. Lo prometo.

Despachamos el desayuno, que resultó tan magnífico como la cena.

Rae se fue a vestir y esperé fumando cigarrillos, mientras pensaba en todo lo relativo a Millie Algren. Finalmente, Rae salió al *living* vistiendo un modelo fascinador.

—Me gustaría besarte ahora, pero te voy a estropear el maquillaje.

—Estropealo, Bruce.

La llevé a su negocio y antes de bajar me apretó una mano.

—Ten cuidado, Bruce.

—Lo voy a tener.

Iba a agregar otra despedida, pero soy un enemigo del romanticismo, aun cuando en el fondo sea un maldito y condenado romántico.

Descendió del coche y enseguida apreté el acelerador, alejándome de allí.

Estacioné el «Buick» a una buena distancia del edificio donde se ubica mi despacho. Entré en un almacén y compré unas gafas negras con montura de carey, traje y sombrero oscuro. Cuando me miré en el espejo me encontré bastante distinto al hombre que había entrado minutos antes en el local. Deposité la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta, así como la cartera. Con la ropa vieja hice un paquete que rogué enviaran a mi apartamento. Finalmente, salí a la calle y caminé hacia mi despacho.

Antes de llegar examiné los alrededores. Había un tipo detenido junto a los escaparates y otro fulano que leía un diario cerca de una farola. No podía acercarme a ellos y preguntarles si me esperaban a mí. Me estaba arriesgando, pero eso es algo inevitable cuando uno es detective privado.

Me colé en la jaula del ascensor y apreté el botón de la octava planta. Una vez arriba, descendí por la escalera hasta la planta inferior manteniendo la diestra sobre la culata de la pistola.

En el corredor no había nadie.

Abrí con llave la puerta y al impulsarla rozó contra un sobre que

había en el suelo. El corazón me dio un vuelco. Eso era justamente lo que yo había pensado mientras tomaba la ducha en el apartamento de Rae. Si Millie Algren estaba en peligro y me estuvo esperando inútilmente durante dos horas en el bar de Joe, ¿no era lógico que me hubiese escrito una carta por si le ocurría lo peor?

Cerré la puerta y pasé el cerrojo.

El sobre estaba escrito con pluma. «Señor Bruce Dennison, calle 62 oeste; número 2324; apartamento despacho 114». Me senté en el sillón detrás de la mesa y eché mano al abrecartas. Algo resbaló del sobre y cayó en el suelo con un sonido metálico.

Solamente había un recibo de los que dan en la estación de autobuses cuando uno alquila una caja de depósito. Concretamente, el que tenía en la mano se refería a la estación de Maryland.

Me agaché y tomé la llave que había caído. Me quedé contemplándola un rato. Aquella llave abría una caja y dentro de ella encontraría el secreto de Millie Algren. Cerré los ojos y di las gracias mentalmente a la muchacha.

Volví a meter la llave en el sobre y guardé éste en el bolsillo. En el cajón de la mesa tenía una botella de *whisky*. Me aticé un par de tragos y finalmente me dispuse a salir del despacho.

Despasé el cerrojo y justo en ese instante la puerta fue abierta desde el corredor.

Salté a un lado, dejando colarse al tipo, y le arreé un culatazo con la pistola, pero él también tenía el arma en la mano y después de lanzar un grito se arrojó contra mí. Me agaché rápidamente y apreté el gatillo.



Me agaché rápidamente y apreté el gatillo

Vi cómo le entraba la bala por las fosas nasales. Su cabeza reventó y ni siquiera tuvo fuerzas para presionar el disparador. Se fue hacia atrás y después de manchar la pared se desplomó sin vida en el suelo.

Eché a correr por el pasillo y una puerta se abrió, la del señor

Holmes, el agente de publicidad.

—¡Un asesino, señor Holmes! —grité.

—¿Dónde?

—¡En mi despacho...! ¡Toque el timbre!

Hay un timbre de alarma que afecta a todo el edificio. Si un despacho es asaltado se organiza un buen sistema de defensa para hacer frente a los ladrones.

Imaginé que en el vestíbulo habría quedado algún compañero del que yo acababa de enviar al infierno.

El señor Holmes desapareció por su puerta y bajé por la escalera como una exhalación.

Cuando estaba a punto de llegar a la segunda planta, empezó a sonar el timbre de alarma por todos los corredores y aminoré el paso.

Las puertas empezaron a abrirse y las mujeres gritaban y los hombres echaron a correr.

Seguí descendiendo por la escalera y al llegar abajo me mezclé entre la gente que iba de un lado a otro preguntándose qué ocurría.

Mis ojos se encontraron con los de un tipo y no tuve duda de que aquél era mi hombre.

Rodeé un grupo de mujeres que chillaban y, tal como suponía, él fue por el otro lado, cerca ya de la puerta.

No era el mejor momento para que ni él ni yo exhibiésemos la pistola. Quizá pretendía seguirme, pero yo le salí al encuentro y él se quedó mirándome sorprendido mientras le clavaba la rodilla en la ingle.

Se vino hacia delante y le pegué con el filo de la mano en el cuello. Empezó a ahogarse.

Más mujeres empezaron a dar más gritos.

Salté hacia la puerta y en eso una mano me tomó por el brazo. Era un tipo fuerte a quién yo conocía, un fulano agente de bienes raíces que tenía su oficina en la tercera planta. Era un tipo desagradable, untuoso, que se creía conquistador de mujeres de clase especial. Sin ir más lejos, ahora llevaba a su lado a una rubia bastante impresionante.

Tomé la mano del fulano y lo volteé con una llave de judo. Cuando iba por el aire lo dejé libre.

El tipo fue a parar a no menos de diez yardas.

No esperé a ver el resultado de mi obra. Salí por la puerta cuando ya en la calle sonaban los silbidos de los agentes.

Me mezclé entre el enjambre de peatones y avancé rápidamente hacia el lugar donde había estacionado mi coche. Esperé oír un disparo de un momento a otro. Ahora les hubiese sido fácil acabar conmigo. Pero no había más hombres preparados para retirarme de la circulación.

Media hora más tarde llegaba a la estación de autobuses de Maryland.

Salté del carro y caminé hasta el edificio.

Pasé al interior y fui hacia la derecha, donde se ubicaban las cajas de depósito.

La llave de Millie Algren era la número 327. En el corredor correspondiente a la caja 327 había un tipo que estaba sacando algo. Esperé a que se marchase y entonces hice girar la llave en la cerradura correspondiente. Saqué la caja. Dentro había un estuche de terciopelo.

Lo abrí descubriendo un medallón. Era de oro, lo mismo que la cadena y en él había grabada un águila de dos cabezas.

Pasé la mano por la caja y toqué el estuche por todas partes buscando un resorte secreto, pero no encontré ninguno.

Saqué el medallón y lo miré por detrás. Había una fecha. 14 de junio de 1940. Abajo el nombre de una ciudad. Nueva Orleans.

Eso era todo.

CAPÍTULO XI

Eran las diez de la mañana. Llevaba dos horas en aquella biblioteca pública consultando tomos de heráldica. Eran catorce. Había encontrado muchas águilas de dos cabezas, pero ninguna igual a la de aquel medallón, un pajarraco que aferraba con su pata derecha una cadena. Había águilas que habían atrapado las cosas más insospechadas. Coronas, cetros, serpientes... y hasta hubo una que se había apoderado de un bebé. Había dos tomos dedicados a las águilas. Por lo visto era el signo de heráldica que más ha sido utilizado a través de los siglos. Había águilas de todas clases, de todas las nacionalidades, con una sola cabeza y bicéfalas...

Estaba a punto de abandonar, cuando apareció ante mis ojos. Sí, allí estaba. Un águila de dos cabezas con una cadena de cinco eslabones en su pata derecha. Había sido elegida como signo de su ducado por George Mortiman, un alemán que vivió en los tiempos de Federico «Barbarroja». En la familia Mortiman había habido muchos tipos ilustres y hasta hubo uno que se llamó Sisebuto «El Loco». En el año 1848, otro George Mortiman, representante de la familia, fue desahuciado por la revolución. Reunió a su familia y se largó a América. Era muy aficionado a la mecánica y se dedicó a la fabricación de máquinas para el campo. A su muerte dejó una fortuna valorada en doscientos millones de dólares. George, antes de morir, modificó su apellido Mortiman por el Mortimer americano. En la fecha en que estaba editado el libro, 1951, el representante de la familia era Ferdinand Mortimer, padre de dos hijos, Louis y Carlos.

En la misma biblioteca consulté la guía telefónica y di con la dirección de Ferdinand Mortimer. Como no podía ser menos, vivía en Long Island, donde los millonarios. Apunté la dirección en un papel y abandoné aquel lugar.

Corrí en el coche alrededor de los altos muros que defendían la

residencia en la colina. Toda ella pertenecía a los Mortimer, ex Mortiman. Llegué al gran portón de hierro. Por fortuna estaba abierto y, sin detenerme, metí el coche por el camino flanqueado por álamos y cedros.

Un jardinero estaba podando unos setos. No le miré por si me decía algo y continué el camino hacia la casa.

Se veía claramente que el lugar había sido modernizado, ya que a la izquierda contaba con una piscina que era el último grito, con muchas casetas a los lados.

Estacioné el coche al pie de la escalera de mármol y subí arriba.

Iba a llamar cuando la puerta se abrió dando paso a una muchacha de unos diecinueve o veinte años. Se cubría con una salida de baño que al andar se le abría mostrando sus esbeltas piernas. Debajo de la salida, sólo llevaba su bañador de piel de tiburón. Era bellísima, de ojos muy grandes, de un color verdoso, y cabello ceniciento.

Me miró con atención.

—Hola —dije.

—¿Nos conocemos?

—Me temo que no, señorita.

Sonrió simpáticamente y me tendió la mano.

—Bueno, pues nos conoceremos ahora. Soy Elisa Mortimer.

—Bruce Dennison.

—Ya entiendo; usted es el arquitecto que viene a colocarnos el nuevo sistema de calefacción.

—No, señorita. Sólo he venido a su casa para hablar con Ferdinand Mortimer, pero no es acerca de la calefacción.

—¿Lo mandó llamar el abuelo?

—Vine espontáneamente.

—¿Periodista?

—No, detective privado.

Hizo un gesto de asombro y se echó a reír, cubriéndose la boca con la mano.

—¿Me va a decir que el abuelo ha hecho algo malo...? Tendría mucha gracia.

—¿Por qué, señorita Mortimer?

—El abuelo padece de artritis en su fase más aguda.

—Lo siento.

—Lo sentimos todos. El abuelo tiene un genio endiablado. Y naturalmente, hay que cargarlo en la cuenta de su enfermedad —se pellizcó la barbilla pensativamente mientras me miraba—. No, no creo que lo reciba.

—El asunto que me trae a su casa es muy importante, señorita Mortimer.

—Los criados tienen orden rigurosa de no permitir la entrada a ningún curioso.

—No soy ningún curioso —le sonreí—. Al menos en el sentido estricto de la palabra. Para ser exacto, realizo una investigación y he llegado a un punto en el que necesito que su abuelo colabore conmigo.

—Se me ocurre una cosa, señor Dennison.

—¿Sí?

—Armaremos una pequeña trampa para que usted pueda llegar ante mi abuelo, lo cual no crea que le sería fácil.

—¿No teme que el abuelo se enfade con usted?

—El abuelo no me verá a mí y no se enterará, a menos que usted se lo diga.

—Por mí no sabrá nada.

—Trato hecho. Venga conmigo.

Me precedió y dimos la vuelta a la casa. Sus piernas eran perfectas. Me pregunté de quién sería hija, de Louis o de Carlos.

Subimos a una terraza y ella abrió una puerta acristalada.

Entramos en un amplio *hall*, a cuya derecha había una habitación.

—Hemos burlado a la servidumbre, señor Bruce —dijo poniéndose un dedo en los labios—. El abuelo está ahí. Ahora todo depende de usted.

—Gracias.

—Si quiere verme a la salida, pásese por la piscina. Estaré allí.

—Eso va a depender de la velocidad con que tenga que salir.

Elisa Mortimer rompió a reír y se puso una mano en la boca.

—Buena suerte —murmuró, y desapareció por la terraza.

Hinché los pulmones de aire y abrí la puerta que tenía delante, penetrando en el interior. La habitación estaba sumergida en la penumbra y no alcancé a ver el fondo, pero adiviné que era muy espaciosa.

Junto a un ventanal, cuyas cortinas estaban echadas, descansaba Ferdinand Mortimer en un sillón de ruedas.

Di unos pasos por la gruesa alfombra y mis zapatos crujieron.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz agria.

Ahora fue cuando volvió la cabeza y pude ver su cara, aun cuando no muy claramente. Él mismo alargó una mano y tiró del cordón que colgaba junto a la pared. Las cortinas se abrieron dejando entrar un raudal de luz.

Ferdinand Mortimer debía estar por los sesenta años de edad y era reseco, ojos hundidos en las cuencas que brillaban como dos ascuas, nariz afilada y mentón saliente.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Mi nombre es Bruce Dennison. Soy detective privado.

—¿Un detective privado...? ¿Qué infiernos...?

Lo interrumpí con la mano.

—Lo siento, señor Mortimer, pero tengo una imperiosa necesidad de hablar con usted.

—Yo no quiero hablar con ningún detective privado. Y ahora mismo se va a ir de mi casa.

—Le ruego calme un poco los nervios, señor Mortimer.

Fue lo peor que le pude decir. Las venillas de sus sienes se hincharon y el maxilar le tembló.

—¿Cómo se atreve, señor Dennison? ¡Lo voy a arrojar de mi casa ahora mismo o, si lo prefiere, llamaré a la policía!

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué el medallón, que arrojé sobre su regazo.

Ferdinand Mortimer miró aquel objeto.

—¿Qué es esto?

—Échele una mirada, señor Mortimer.

Tomó el medallón con su mano huesuda y lo examinó. Noté un leve estremecimiento en su cuerpo.

—¿Qué significa su actitud señor Dennison?

—Vine aquí precisamente para que usted me diese la explicación.

—¿Yo?

—La mujer que era propietaria de ese medallón murió asesinada anoche.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué historia me está contando, señor Dennison?

—Esa mujer mostró mucho interés por verme y no supe evitar su muerte. Ella me dejó una herencia. Ese medallón.

—¡Es la cosa más absurda e inverosímil que he oído en mi vida!

—Es real, señor Mortimer. Usted tiene el medallón en la mano.

—Una falsificación.

—Me gustaría que usted me enseñase algún otro medallón que tenga en su casa.

—¿Para qué?

—Para comprobarlo.

Otra vez se puso furioso. Fue a decir algo, pero cerró la boca. Transcurrió un minuto antes de que volviese a hablar.

—Está bien, señor Dennison. Le diré la verdad.

—Lo celebro.

—Hace cuatro o cinco años tuvimos una sirvienta infiel en la casa. Ella nos robó algunas joyas y entre ellas el medallón.

—¿Quién fue el policía que se encargó del caso?

—¿Cómo?

—El policía que vino a la casa para tratar de recuperar lo robado.

—No avisamos a la policía. Después de todo, si bien es verdad que las joyas sustraídas tenían un valor que oscilaba alrededor de diez o doce mil dólares, decidí que era preferible no dar ningún escándalo, cosa que hubiese ocurrido de haber puesto los hechos en conocimiento de la policía.

—¿Quién era esa sirvienta, señor Mortimer?

Sus ojos despidieron más fuego.

—¿Qué es lo que usted pretende, señor Dennison?

—Cuando me encargo de un caso me gusta no pasar nada por alto, señor Mortimer.

Me miró fijamente y de pronto echó a andar el coche, sorteando con habilidad los muebles que se interponían en su camino.

Llegó ante una mesita baja y abrió un cajón del cual extrajo una libreta. Luego alcanzó una pluma y se puso a escribir.

—Venga aquí, señor Dennison.

Me acerqué y me tendió el cheque que acababa de escribir.

—Quiero dar el asunto por terminado. Al propio tiempo, quiero mostrarle mi agradecimiento por haberme traído el medallón, un

antiquísimo recuerdo de familia. Espero que esta cantidad le compense por su trabajo.

La cantidad no era una compensación. Suponía mucho más. Eran exactamente cinco mil dólares.

Dejó el cheque sobre la mesa y vi que Mortimer me observaba con los labios entreabiertos.

—No pienso aceptar un centavo —dije.

—No le comprenda, señor Dennison.

—El dinero es importante, señor Mortimer, pero acostumbro a cobrar cuando termino un caso y éste todavía no lo acabé.

Unos minutos antes estaba blanco, pero ahora había enrojecido mucho.

—¿A dónde quiere ir a parar, señor Dennison?

—Ni siquiera me ha preguntado por el nombre de la mujer muerta... ¿O es que lo sabe usted, señor Mortimer?

—¿Qué trata de insinuar?

Su maxilar inferior se estremeció otra vez. Cerró los ojos y los abrió, y luego dijo con voz más conciliadora:

—Estamos haciendo una tragedia de una nadería. Siento que una mujer haya muerto. Nadie debería morir, pero la vida es así, señor Dennison.

—¿Cómo se llama la sirvienta que le robó la joya, señor Mortimer?

—Está bien. Se lo diré. —Hizo un gesto de exasperación—. Mara Lenox.

—¿Conoce su paradero actual?

—¿Quiere decir que va a interrogarla?

—Eso quisiera.

—¿Duda de mi palabra?

—A un detective le gusta comprobar todos los aspectos de un caso y ya le he dicho que es esa mi profesión, señor Mortimer.

Se hizo otro largo silencio entre los dos.

—Oiga, Dennison. Sea razonable. Usted es muy joven, ¿verdad?

—No tanto. Veintisiete años.

—Déjeme decirle algo. Yo estoy con un pie en la tumba. Vivo de prestado. Los doctores me han desahuciado unas cuantas veces, pero, ya lo ve, aquí me tiene.

—Espero que viva muchos años, señor Mortimer.

—Siempre me he acordado de los amigos y especialmente los tendré en cuenta a la hora de mi muerte.

—Esto está bien.

—Soy previsor, ¿sabe?

—¿Qué intenta decirme, señor Mortimer? ¿Acaso que me va a tener en cuenta en su testamento? —Como él no dijo nada, agregué —: Todo porque me quede quieto, porque no investigue acerca de la muerte de una mujer llamada Millie Algren.

—¡Salga de aquí inmediatamente, señor Dennison! —rugió.

Había dejado el medallón en su regazo y lo atrapé de un tirón. Trató de quitármelo, pero retiré mi mano.

—¡Deme eso, Dennison!

—No, señor Mortimer.

—¡Me pertenece a mí!

—No, señor Mortimer. Ya le he dicho que pertenecía a una mujer que ahora está muerta, y yo soy su heredero.

—No diga tonterías. Ese águila es el escudo heráldico de mi familia...

Guardé el medallón en el bolsillo.

—Tiene un camino a seguir, señor Mortimer. Llame a la policía y póngala en antecedentes de todo lo ocurrido aquí. Ande, dígales que yo tengo su medallón.

Respiró entrecortadamente. Supe cuánto me odiaba.

—Nos volveremos a ver, señor Mortimer —dije.

—¡Nunca!

—Ya puede estar seguro de que sí —caminé rápidamente hacia la puerta por dónde salí.

Bajé de la terraza y di otra vez la vuelta a la casa encaminándome a la piscina.

Elisa Mortimer me hizo una señal desde lejos. Estaba tendida en el césped tomando el sol de noviembre. A su lado había dos sillas extensibles, y entre ellas una mesa rodante con servicio de bar.

CAPÍTULO XII

Se sentó a mi llegada y tomó el vaso de *whisky* que descansaba sobre el césped.

—Sírvase —dijo señalando la mesa.

Escancié doble ración de *whisky* y agregué dos cubitos de hielo. Bebí un trago y me senté en una de las sillas extensibles.

—¿Qué tal le fue? —preguntó Elisa.

—Mal.

—No se aflija. Ya le advertí que el abuelo es así con todos.

—Él y yo nos enfrentaremos otra vez.

—Es usted muy valiente.

—Se trata de una obligación.

Me miró con la cabeza ladeada.

—¿Sabe que me está intrigando usted, señor Dennison?

La miré a la cara. Poseía la ingenuidad de los diecinueve años. Decidí tenderle una trampa. No tenía más remedio que hacerlo tal como estaban las cosas.

—Se lo voy a decir, señorita Mortimer.

—Caramba, sí que es una suerte.

—Vine a investigar el robo de Mara Lenox.

—¿Cómo dice?

—Hace cuatro o cinco años, una sirvienta de ustedes, Mara Lenox, se les llevó algunas joyas.

Se echó a reír.

—De modo que le ha contado esa historia... Pobre Mara Lenox...

—¿Es falsa esa historia?

—Claro que lo es. Mara no cometió ningún robo. Se marchó de aquí para casarse. Y le voy a agregar otra cosa. Estaba harta de todos nosotros.

Creí llegado el momento de exhibir de nuevo el medallón. Lo

saqué y ella lo vio oscilar de un lado a otro.

—¿De dónde lo sacó?

Le dije lo mismo que a su abuelo.

—¿Millie Algren? —dijo—. Nunca hemos tenido una sirvienta de ese nombre. ¿Cómo es posible que ella tuviese el medallón...? A menos que... —se interrumpió.

—¿A menos qué? —La invité a proseguir.

Cruzó las piernas sobre la hierba.

—Usted no conoce la historia de la familia, ¿verdad?

—No. El libro que consulté daba pocos detalles acerca de los actuales Mortimer. Sólo se decía que su abuelo tenía dos hijos, Louis y Carlos.

—Carlos es mi padre. Él y mamá murieron en un accidente en Alemania hace ocho años.

—Lo siento.

—Fueron a visitar las tierras que pertenecieron a nuestra linajuda familia.

—¿Era usted la única hija?

—No. Está también mi hermano Freddy. Es un talento, ¿sabe? Físico nuclear... Es lo que dicen algunos. ¿Por qué tiene que trabajar para el Gobierno si con su dinero puede fabricarse su propia bomba de hidrógeno?

Reí el chiste.

Luego ella agregó:

—Somos una familia realmente trágica.

—¿Sí?

—Me estoy refiriendo a mi tío Louis, el otro hijo del abuelo.

—¿También murió?

—Sí. Yo no lo llegué a conocer. Tuvo la peor muerte de todas. Encontró su final en un incendio, carbonizado.

—¿Dónde?

—En Nueva Orleans.

Sentí un escalofrío a pesar de que el sol calentaba. Había dicho Nueva Orleans, y en el medallón se hacía mención de esa ciudad.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En mil novecientos cincuenta y cuatro.

—¿Qué hacía su tío Louis en Nueva Orleans?

—Le gustaba vivir allí.

—¿Casado?

—No —la joven señaló el medallón que yo seguía sosteniendo en mi mano—. Seguro que esto pertenecía a tío Louis.

—¿Usted cree, Elisa?

—No se recuperó nada. Todo se dio por perdido en aquel incendio.

—¿Murió algún miembro de la servidumbre?

—Sí, dos de ellos. Un hombre y una mujer.

—Me gustaría conocer más cosas acerca de su tío Louis.

—Mi abuelo siempre ha guardado en secreto todo lo concerniente a su hijo de Nueva Orleans, y yo no he sentido mucho interés por remover cenizas. El abuelo dice que soy una chica demasiado moderna, despreocupada de todo lo concerniente a la familia de los Mortimer —me sonrió—. Voto por los demócratas, ¿sabe?

—Yo también.

—Pero una vez conocí a un hombre que había sido amigo de tío Louis. Incluso había llegado a tener mucha intimidad con él, según me dijo. Pero, si quiere que le diga la verdad, nunca he sido curiosa respecto al pasado, incluso tratándose de un miembro tan allegado a mi familia.

—¿Quién es ese hombre?

Dejó otra vez el vaso sobre el suelo y se quedó pensativa, mirando hacia los árboles.

—Avery. Eso es, Frank Avery. Tengo apuntada su dirección en un cuaderno. ¿Puede esperar?

—Desde luego.

Se puso en pie y la admiré en toda su belleza. Ahora sólo tenía sobre su cuerpo la malla de piel de tiburón. Era una criatura perfecta.

Tomó la salida de baño, se calzó los zapatos y me dedicó una sonrisa.

—Volveré enseguida.

Se marchó y yo la seguí con la mirada un rato porque era todo un espectáculo.

Me serví más *whisky* y encendí un cigarrillo entornando los ojos. No había descansado mucho durante la noche anterior. Casi estaba a punto de dormirme cuando la oí llegar.

—Frank Avery vive en la calle 193 Este, número ciento noventa y dos.

Grabé la dirección en mi cabeza y dije:

—Me gustará hablar con él... ¿A qué se dedica ese Avery?

—Construye casas o algo así. Nos conocimos en una reunión y, al saber que yo era Elisa Mortimer me habló de que había sido muy amigo de tío Louis. Me invitó a su casa, y fue entonces cuando me dio la dirección, pero yo nunca he ido a visitarle. Puede decirle que lo envío yo.

—Gracias, Elisa —me puse en pie.

—¿Me promete una cosa, Bruce?

—¿El qué?

Señaló otra vez el medallón.

—Téngame al corriente de todo.

—Sí, Elisa.

—Seguro que es una historia muy interesante —me tendió la mano y se la estreché. Su piel era cálida y suave.

Di media vuelta y eché a andar hacia donde había dejado estacionado mi coche.

Cuando cruzaba el camino, la joven me saludó de puntillas, agitando la mano en el aire. Estaba sugestiva en aquella posición. Maravillosa.

CAPÍTULO XIII

Marqué el número directo que comunicaba con el despacho de Foster Cook.

—Teniente Foster Cook, de Homicidios —dijo.

—Hola, muchacho.

—¡Maldita sea, Bruce! He estado esperando tu llamada desde hace dos horas.

—No pude hacerlo antes.

—Y un demonio. Has matado a otro tipo.

—Claro que sí. Lo liquidé, pero fue en mi despacho.

—No sabía yo que hubieses sacado una licencia especial de caza para utilizarla dentro de las paredes de tu oficina.

—Eres muy gracioso, Foster, por eso te quiero mucho.

—Me arrepiento de haberte dejado una pistola. Me arrepiento de todo lo que se refiere a ti.

—Oye, muchacho, ¿por qué crees que me persiguen con tanta saña para liquidarme? Me he convertido en un personaje importante.

—Claro, y el día menos pensado, me dirás que vas a presentar tu candidatura a la Presidencia. Tú eres así de importante.

—No es necesario que te diga que lo hice en defensa propia.

—Estoy harto de escuchar esas palabras. Legítima defensa. En propia defensa... ¿A cuántas personas has matado, Bruce? ¿Llegan ya a la veintena?

—Es posible que pasen.

—¡Eres el tipo más cínico que he conocido en mi vida!

—Oye, Foster, estoy empeñado en una lucha desigual. ¿Es que también te vas a pasar al bando enemigo?

—No me enternecerás esta vez, Bruce. Ven aquí inmediatamente. Quiero que te entregues.

—No, Foster. Eso no me lo puedes pedir.

—Supón que te lo ordeno.

—Lo siento, pero no te obedecería.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos.

—Deja de refunfuñar y escúchame, Foster. Tengo trabajo para ti.

—¿Qué clase de trabajo?

—Has de hacerlo en Nueva Orleans.

—¿Por qué no en la Patagonia?

—¿Qué infiernos te pasa, Foster? No trato de ganar tiempo.

—Quisiera estar tan seguro como tú. Hace apenas quince minutos me llamó el comisionado, preguntándome si ya te tenía en una celda, y tuve que decirle que no te había encontrado.

—Bien hecho.

—¡Maldita sea, Bruce! No acostumbro a mentir a mis superiores.

—Óyeme bien, Foster. Estoy en el buen camino.

—Es el camino de la silla.

—Te estoy hablando en serio. Sabes que ahora no te puedo mentir.

—Está bien. ¿Qué pasa en Nueva Orleans?

—Quiero saberlo todo acerca de Louis Mortimer.

—¿Louis Mortimer? ¿No tiene algo que ver con Ferdinand Mortimer, el del acero?

—El mismo.

—Oye, Bruce, ¿es que te has vuelto loco?

—Escúchame bien, Foster. Es importante y urgentísimo.

—Muy bien. Quizá me estés tomando el pelo, pero te juro que será la última vez. Investigaremos acerca de ese personaje. Mas con una condición. Has de explicármelo todo.

—Pensaba hacerlo.

—Tú siempre piensas hacer las cosas, pero, cada vez que me he metido en un lío contigo, no he conocido los datos más importantes hasta el final.

—Muy bien, Foster. Te lo voy a contar.

Le hablé de mi corazonada con respecto a la carta que me pudiera haber enviado Millie Algren y de todo lo que ocurrió después. Pero no le dije la clase de colaboración que había encontrado en Elisa Mortimer, porque quería ser yo quien hablase con Frank Avery. Después de todo, Foster se iba a encargar de la parte concerniente a Louis Mortimer en Nueva Orleans. Le describí

el medallón, señalándole la fecha que en él se había grabado.

—Oye, Bruce, ¿qué es lo que supones que pasó?

—A veces se me ocurren cosas, pero son simples ideas que no puedo sostener en alegato alguno.

Dio un suspiro.

—Está bien, Bruce, pero suelta lo que te dejas en el bote.

—No hay nada.

—Me haces el efecto del prestidigitador que siempre aguarda un truco para el último momento.

—Esta vez quisiera ser ese tipo, pero me temo que me fallan los efectos especiales. Te volveré a llamar, Foster.

—Espera un momento.

—¿Qué quieres?

—Si no vuelvo a oír tu voz por teléfono, te presentarás esta tarde a las siete.

—Eres muy amable al recordarme el plazo.

—No es cosa mía. El comisionado ha prometido hacerme una visita.

—Qué gran tipo el comisionado.

—Recuérdalo. Si no estás aquí, me veré obligado a presentar la renuncia.

—Muy bien, Foster. No te dejaré en la estacada. Tienes mi palabra.

Colgué porque no quería que me manchase con sus lágrimas.

Salí de la cabina y pedí un *whisky*. Era un condenado *whisky* que sólo servía para enjuagarse las tripas.

Abandoné el local y, una vez en mi coche, puse la proa hacia el norte de la ciudad, donde caía la dirección de Frank Avery.

La casa en cuestión se ubicaba en una solitaria avenida bordeada de acacias.

Las edificaciones eran muy antiguas y todas contaban con su correspondiente jardín.

Detuve el coche antes de llegar al número de Avery. Salté fuera y permanecí un rato mirando a mis espaldas por si alguien me había seguido. Pero no; todo estaba tranquilo.

Abrí la cancela y crucé la vereda que me condujo al porche. Ningún ruido turbaba aquel beatífico silencio; tan sólo el lejano murmullo del viento rozando las hojas de los árboles.

Apreté el timbre.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y en el hueco apareció una mujer. Era un demonio de mujer porque había llegado a la plenitud de su hermosura. Muy esbelta, de cuerpo macizo, el óvalo perfecto de su cara estaba enmarcado por una cabellera tan negra como el alquitrán y también sus ojos eran negros, como dos pozos en los que uno quisiera arrojar. Y toda ella eran curvas y redondeces. Cubríase con una blusa y una falda, esta muy ceñida, señalando la rotundidad de sus caderas.

Ella también me estaba observando.

—¿Qué desea? —dijo con voz seca.

—¿El señor Avery? ¿Frank Avery?

—Sí, aquí vive.

—Quisiera hablar con él.

—¿Se puede saber quién es usted?

Saqué una de mis tarjetas comerciales y se la alargué. Ella la leyó y las aletas de su nariz palparon. Me volvió a mirar a la cara con más atención.

—¿Qué quiere de mi marido, señor Dennison?

—No se trata de nada personal, señora Avery.

Titubeó unos instantes.

—Frank no está en casa.

—Es una lástima.

—Regresará esta noche.

—Muy bien. En tal caso, ¿no podría decirme a dónde fue? Se trata de algo urgente, señora Avery.

—No; no sé dónde pudo ir.

De pronto nos llegó una voz desde el interior de la casa.

—¿Qué pasa, Sheyla?

Sheyla dio un respingo cuando un hombre apareció por detrás de ella. Era un tipo que defendía sus ojos con gafas oscuras.

Hubo unos instantes de silencio, y luego Sheyla dijo:

—No sabía que estabas en casa, Frank.

—¿Qué es eso de que no lo sabías? —repuso él groseramente.

Sheyla mordióse el labio inferior y, después de dirigirme una mirada, explicó:

—El señor es Bruce Dennison, un detective privado.

—Ya —dijo él—. No quiero conocer a ningún detective privado.

Sacudí la cabeza.

—Su mujer lo estaba haciendo muy bien, señor Avery.

Frank apretó los maxilares.

—Váyase antes de que le rompa la crisma.

—¿Por qué no pregunta primero acerca del motivo por el que me he llegado aquí?

Frunció el ceño.

—¿Qué es lo que quiere?

—He visitado a Elisa Mortimer y ella me dijo que usted había conocido a su tío Louis Mortimer.

—¿Sí?

—Es por lo que le hago esta visita, señor Avery. Deseo que me informe acerca de Louis, Avery.

Sobrevino otro silencio. Frank y Sheyla se miraron. Luego él detuvo los ojos en mi rostro.

—Está bien, puede pasar.

Primero entró ella. Frank me invitó con la mano y yo fui tras de la mujer. Creo que les he dicho algo de la rotundidez de sus caderas. Lo diré otra vez, por si lo olvidé. Sheyla iba delante de mí y pude observar un suave contoneo. Sí, señor, una pieza de gran calibre.

Fuimos a parar a un *living* muy espacioso, sobrecargado en exceso con muebles, todos ellos antiguos.

Frank señaló un sillón y yo me senté. Ellos quedaron de pie y entonces Frank dijo:

—Sheyla, ¿puedes prepararnos un poco de café?

Era una manera de quitarla del medio. Sheyla levantó la barbilla como si fuese a protestar, pero luego lo pensó mejor, dio media vuelta y se marchó.

La acompañé con la mirada porque no era cosa de perderse su contoneo. Quizá no la vería más.

Frank sacó un paquete de cigarrillos, se puso uno en los labios y se los guardó sin ofrecirme.

—¿Qué quiere saber de Louis Mortimer, señor Dennison?

—Todo.

—¿Qué quiere decir todo?

—Lo único que sé de él es que era hijo de Ferdinand Mortimer.

—Comprendo —se quitó las gafas dejándolas sobre la mesa.

Dio unos pasos por la estancia y se detuvo junto a la ventana.

—Louis, Carlos y yo fuimos al colegio juntos. Tuve oportunidad de conocer bien, no sólo a los dos hermanos, sino a su padre, el gran Ferdinand Mortimer —me dirigió una mirada—. En aquellos tiempos, yo también era hijo de un hombre acaudalado. Justamente, mi padre era socio de Ferdinand Mortimer y él lo arruinó. ¿Qué le parece eso?

No tenía ningún comentario que hacer.

—Carlos era un hombre soberbio, orgulloso. Lo había heredado todo de ese viejo zorro de Mortimer. En cambio, Louis resultaba todo lo contrario, un hombre humano, sencillo, con corazón. Usted ya me entiende, ¿verdad, señor Dennison?

—Desde luego, Avery. Le comprendo perfectamente.

Notaba algo anormal en aquel hombre. Apartó de mi cara la mirada, deteniéndola en un punto del jardín y prosiguió:

—Louis y yo simpatizamos desde que teníamos doce o trece años. Por el contrario, Carlos y yo nos odiamos cordialmente... Alguna vez iba por casa de ellos y pronto comprendí que allí sólo había una persona que sentía afecto por mí. Louis. Un día me lo dijo en secreto. Su padre le había prohibido que tuviese amistad conmigo. ¿Qué le parece eso? Y dos semanas más tarde fue cuando el gran Ferdinand Mortimer arruinó a mi padre. Durante la crisis del año veintinueve. Papá necesitó dinero. Ferdinand, como socio suyo, estaba obligado a hacer frente a aquella situación. Mortimer continuaba con sus millones, pero el viejo zorro le negó su ayuda. Mi padre no fue de los que se pegaron un tiro y se marchó a Europa; pero, meses después de llegar, murió.

Quedóse inmóvil, los ojos perdidos por el jardín, y yo respeté aquel silencio.

Sheyla seguía sin venir, pero intuí que hallábase detrás de la puerta por la que había salido, escuchando la confesión de su marido.

Frank recobró el movimiento y llevó el cigarrillo a los labios.

—No sé por qué le cuento eso.

—Es muy amable por su parte. Le advierto que no haré uso de nada que no se refiera directamente a mi investigación.

—No me hable de su investigación. No quiero saber nada. Usted me ha preguntado por Louis Mortimer, y yo le diré lo que sé.

—Muy bien.

—Después de la ruina de mi padre, marché a Nueva Orleans, donde vivía un pariente. Mi primo tenía una fábrica de aprovechamiento del yute. Trabajé duro, ¿sabe? Un buen día recibí una carta de Louis Mortimer. No podía soportar más tiempo a su padre ni a su hermano. Quería alejarse de su casa. Yo por aquel entonces era ya socio de mi primo, de modo que le dije que a mi lado tendría un empleo cuando él quisiese. Al cabo de unos días, Louis Mortimer se presentó en la oficina. Cumplí mi palabra y le di un buen puesto que casualmente había vacado por aquellos días. Hacía un par de meses que yo me había casado, de modo que no fue posible que la corriésemos juntos. Louis llevaba ya casi un año con nosotros, cuando surgió la sorpresa —se interrumpió otra vez para aplastar la punta del cigarrillo en un cenicero—. ¿Cuál cree que fue la sorpresa? —preguntó, mirándome.

—No tengo idea —respondí.

—Un buen día se presentó en su casa llevando a una mujer... una mestiza.

Me estiré en el sillón y él sonrió.

—Ha oído bien, señor Dennison. Clara Haymes era una mestiza. Desde luego, se trataba de una mujer perfecta. Poseía un cuerpo endiabladamente hermoso y una cara que era un verdadero prodigio. Pero era mestiza, ¿lo entiende? *Mes-ti-za* —sonrió—. Y la trajo a mi casa.

Empecé a sentir que me hervía la sangre en las venas. Aquel condenado de Frank odiaba a Mortimer porque había sido causante de la ruina de su padre, o mejor aún, porque el padre de Louis había tenido dinero y el suyo no. Con eso no podía transigir. Ni tampoco transigía con que Louis Mortimer fijase sus ojos en una mujer que llevase sangre negra en las venas.

—No crea que a Clara se le notaba mucho. No era una negra. Su piel solamente tenía un bonito bronceado. Es posible que en el norte hubiese pasado por una latina, pero no en Nueva Orleans, ¿me entiende?

—Desde luego.

—Y mi buen amigo Louis Mortimer me confesó que estaba loco por ella y que se iban a casar. Sólo le dije una cosa: que preguntase a su padre —sonrió—. Y él lo hizo. ¿Qué le parece eso?

—Imagino lo que le respondería.

—Amenazó con desheredarlo si daba aquel paso. Pero Louis era un tipo que estaba demasiado cegado por la mestiza. Se casó con ella.

—Y, naturalmente, Ferdinand Mortimer lo desheredó. ¿Y qué hizo usted, señor Avery?

—No necesité hacer nada. El propio Louis se marchó de mi negocio.

—Apuesto a que usted no insistió mucho en que se quedase.

Volvió bruscamente la cabeza hacia mí.

—¿Es eso una recriminación, señor Dennison?

—No soy yo quién para juzgar —dije conciliatorio. Pocas veces en mi vida he perdido la paciencia, pero aquélla era una de ellas, y en modo alguno me convenía.

Permaneció un rato mirándome y finalmente sacudió la cabeza.

—Louis había aprendido mucho de nosotros. Se las arregló para pedir un préstamo a un banco, y montó también una fábrica de aprovechamiento del yute... ¡Maldita sea!... Su padre había arruinado al mío y él estuvo a punto de arruinarme a mí... Pero fue entonces cuando sobrevino el incendio.

—¿El incendio...?

—Sí. La casa de Mortimer ardió por los cuatro costados... Ocurrió en una noche de ventisca. Clara y Louis encontraron la muerte entre las paredes. También se abrasaron un par de criados... Dos negros.

—¿Qué me dice de la hija?

—¿Cómo?

—De la hija que nació del matrimonio entre Louis Mortimer y Clara.

—No le he dicho que hubiese una hija —sus ojos se habían agrandado y eran muy brillantes.

En un momento supe lo que le ocurría a Frank Avery. Era un adicto a las drogas. Por eso, la señora Avery había negado que él estuviese en la casa. Probablemente, en el momento que yo llamaba a la puerta, él se estaba inyectando la jeringa. Poco a poco se había sentido entusiasmado por aquel relato. Era efecto de la droga.

De algún lugar, llegó un sollozo. Fue muy leve, como el maullido de un gato.

Avery apartó la mirada de mí para dirigirla hacia la puerta, por dónde se había largado su mujer.

—¡Sheyla, maldita sea! ¡Deja de llorar por los rincones! — Apoyóse en el brazo de un sillón con el cuerpo doblado hacia delante, la cara levantada.

Se hizo un gran silencio, y finalmente, clavó sus resplandecientes ojos sobre mí.

—Sí, señor Dennison. Hubo una hija.

—Verónica Mortimer.

—Exactamente. Ése era el nombre. Verónica... Ella no estaba en la casa la noche del incendio. Su madre, Clara, la había dejado en casa de una tía suya... una negra. Eso salvó a la muchacha.

—¿Qué fue de ella?

—¡Y yo qué sé! ¿Cree usted que yo iba a interesarme por la hija de una negra?

Apreté los puños con fuerza.

—Era también la hija de su mejor amigo.

Me observó otra vez. En su boca se dibujó una sonrisa cruel.

—Louis cometió un error al casarse con aquella mestiza. No me irá a decir que yo debía encargarme de la custodia de Verónica Mortimer.

—Quiero hacerle una pregunta, señor Avery.

—¿Qué pregunta?

—¿Fue usted quien incendió la casa de Louis Mortimer?

CAPÍTULO XIV

—¿Qué dice, bastardo? —rugió.

Oí pasos a mi espalda y al girar la vista, vi a la señora Avery en el umbral de la puerta. Sus ojos me miraron con rencor.

—Márchese, señor Dennison.

—Sería mejor que acabásemos la entrevista.

—Ya la terminó.

—Yo diría que no. Verónica Mortimer fue asesinada anoche.

Se hizo un silencio. La cara de la señora Avery empezó a perder el color. Luego miré también a Frank, quien continuaba en la misma actitud, doblado sobre el sillón.

—¿Qué dice...? ¿Verónica asesinada?

—Sí.

—¿Quién lo ha hecho?

—Un hombre que también está muerto. Pero él sólo era un asesino profesional. Alguien le pagó por hacer el trabajo.

La señora Avery exclamó:

—¡Mi marido y yo no tenemos nada que ver con eso!

—Su marido me acaba de decir que Verónica se salvó del incendio y que murieron sus padres, y que fue recogida por una negra. Ha dado a entender también que no tuvo ningún trato con Verónica y, sin embargo, se muestra muy extrañado de que Verónica haya sido asesinada. Soy detective, señora Avery. No lo olvide.

—Muy bien. Le diré lo que sabemos acerca de ella.

—¡Cállate! —gritó Frank.

—¿Por qué he de callarme? No tenemos nada que esconder —me miró a mí—. Es cierto que no supimos nada de Verónica hasta hace unos dos años. Un día se presentó aquí. Quería que Frank hablase con su abuelo.

—¿Para qué?

—Se había llegado hasta aquí después de la muerte de su tía, la negra que la acogió. Buscaba trabajo, y pensó que Frank la podría ayudar. Pero no pudimos hacer nada por ella.

—No quisieron.

Frank dio la vuelta al sillón y se plantó delante de mí con los puños apretados.

—No me gusta usted, señor Dennison, y tampoco su tono.

La señora Avery también se aproximó.

—Por favor, Frank. Serénate.

—¡Y un cuerno me voy a serenar! Este individuo me ha sacado de quicio. ¿Es que no lo has oído? —me señaló con el dedo—. Trata de acusarme de incendiario... ¡De asesino!

La señora Avery se pasó una mano por la cara.

—Por favor, señor Dennison, ¿puede venir en otra oportunidad?

—He sido acusado de la muerte de Verónica, señora Avery.

Los ojos de Frank se entrecerraron.

—¿Y quién nos dice que efectivamente usted no lo ha hecho?

—No tenía ningún motivo. Conocí a Verónica unos minutos antes de que fuese asesinada. Yo estaba con ella cuando el asesino a sueldo se llegó a realizar el trabajo. Su nombre es Mike Sheen.

—No he conocido nunca a ningún Mike Sheen.

—Dígame, señora Avery —y me volví, dirigiéndome a la mujer—. Dice usted que Verónica vino aquí hace unos dos años. ¿La han vuelto a ver?

—¡No! —gritó Frank.

—Yo sí —respondió la señora Avery.

Frank alzó los ojos.

—¿Tú, Sheyla?

—Sí.

Él apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—¡Maldita sea...! ¡Te prohibí que vieses a esa mujer!

—Tenía que hacerlo. Se encontraba aquí sola.

—Ya. ¿Y qué hiciste por ella, Sheyla?

—Fui a hablar con su abuelo.

—No me digas —Frank hizo un gesto de sorpresa—. ¿Tú fuiste a hablar a ese viejo zorro para que se preocupase de su nieta?

Sheyla movió la cabeza en sentido afirmativo.

Frank soltó una carcajada.

—No conoces bien a ese fulano. ¿Qué es lo que conseguiste, Sheyla?

—Nada —repuso ella—. No quiso oír hablar de su nieta. Dijo que era una negra.

—¿Qué hizo usted entonces, señora Avery? —pregunté.

—Me preocupé de buscarle un empleo a Verónica. Fue en la oficina de un amigo, Kent Dutcham. Creí que ella encontraría allí el sosiego que necesitaba. Verónica y yo dejamos de vernos, pero al cabo de algún tiempo me encontré con Kent Dutcham y le pregunté por la muchacha. Me dijo que ella había abandonado la oficina —hizo una pausa—. Más tarde me informé por una compañera de Verónica que la chica se había tenido que ir porque Kent Dutcham la asediaba amorosamente y él era un hombre casado. Volví al apartamento de Verónica, pero ella ya no estaba allí. En fin, a partir de entonces, le perdí la pista. No he vuelto a oír hablar de la hija de Louis hasta que usted la ha mencionado.

Frank se echó a reír.

—Qué esposa más estupenda tengo, ¿eh, señor Dennison? Preocupándose por una negra.

—Cállese, señor Avery. Me da usted asco.

Me miró con un gesto de asombro.

—¿Qué dice?

—Usted es un despojo humano, Avery. ¿Cómo se atreve a acusar a los demás?

—¡Lárguese de aquí!

—Sí, Avery. Me voy a marchar, pero no crea que con esto ha terminado mi misión.

—Atrévase a poner los pies en esta casa y saldrá de mala manera.

No dije nada y me puse en pie.

—Gracias, señora Avery.

Frank señaló la puerta.

—¿Quiere largarse de una vez? Deseo desinfectar cuanto antes la habitación.

Era más de lo que estaba dispuesto a soportar. Me dirigí hacia él y le abofeteé en la cara dos veces. El tipo retrocedió cubriéndose la cabeza con las manos por temor a que le pegase más.

—¿Qué ha hecho, hijo de perra? —dijo cuando se detuvo.

—Empiece a comportarse como un hombre, Frank Avery. No le conozco mucho pero usted no le llega a los talones a su mujer e imagino la clase de calvario que ella está pasando.

—¡Cállese, bastardo!

La señora Avery dijo por detrás de mí:

—Por favor, señor Dennison, salga de esta casa.

—Está bien —accedí, y caminé hacia el vestíbulo.

Ella vino conmigo y me tendió la mano.

—Espero que tenga éxito en su investigación.

Oímos la voz de Frank desde el *living*.

—¡Sheyla! ¡Ven aquí!

Sentí deseos de ir yo para cerrarle la boca, pero Sheyla rogó:

—Por favor, señor Dennison...

—Buena suerte.

Bajé del porche y oí que la puerta se cerraba a mis espaldas.

Salí del jardín y eché a andar hacia donde estaba estacionado mi coche. Iba a abrir la portezuela cuando por la parte delantera del motor apareció un hombre con una pistola en la mano. El arma la cubría con su otro brazo, gesto inútil porque los dos estábamos solos en la avenida bordeada de acacias. Era un tipo de unos treinta años, muy rubio y de cejas casi blancas. En sus labios había una sonrisa cruel, y no necesité la presentación para saber que era un asesino a sueldo como Mike Sheen, alias «Pies Planos».

—Hola, pimpollo —me saludó.

Yo había ido demasiado lejos. Aquello tenía que ocurrir una vez u otra. Allí estaba el tipo con la bala que me iba a matar. Lo haría tranquilamente y luego se largaría a la vuelta de la calle donde le estaría esperando otro coche. Era la mar de sencillo. Ni siquiera podía conservar la esperanza de llevármelo porque, antes de que sacase mi pistola, él tendría tiempo para vaciarme el cargador.

—¿Te hice esperar mucho? —dije por decir algo.

—Cuando voy de caza, las esperas no me cansan. Hace más emocionante el asunto.

Así era él, un tipo deportista.

—Anda, Dennison, ponte al volante. Yo iré a tu lado apuntándote y, en cuanto hagas un movimiento de más, te la ganas.

Di un suspiro de alivio. De modo que no me iba a ultimar allí.

Abrimos las portezuelas al mismo tiempo y cada uno entramos

por un lado, él sin dejar de amenazarme con el chisme.

Me dispuse a poner en marcha el coche, pero él me interrumpió:

—Pon las manos en la nuca.

Obedecí, y él entonces me clavó el cañón en el estómago. Con la otra mano, se apoderó de mi pistola, que se puso en el cinturón. Luego me registró hasta los pies. Lo hizo con movimientos rápidos porque conocía perfectamente su profesión. Me quitó la reliquia de los Mortimer que guardó en el bolsillo.

—Está bien, Dennison. Vámonos.

—¿A dónde?

—Sigue por esta calle y luego dobla en la tercera transversal.

Mientras hacíamos la carrera pensé en la forma que me había librado de Buddy Sacco, pero Buddy Sacco me había amenazado por detrás mientras que al rubio lo tenía delante. Además, he aprendido una cosa en mi carrera de detective. No se puede emplear dos veces el mismo truco. Una vez lo intenté y salí escarmentado. Quizá se deba a eso que llaman ley de las probabilidades.

Doblé por la transversal como me había ordenado y ante mi tuve otra larga avenida.

A los lados habían más acacias. Corrimos por espacio de tres millas y luego él dijo:

—Vamos al número mil trescientos veinticinco. Lo tienes ahí delante. El portón estará abierto.

Metí el coche por aquel portón. Vi un jardín que estaba muy abandonado. La maleza crecía por todas partes. Al fondo había una casa que necesitaba un par de muletas para no caerse, pero nadie se las había puesto.

—Hacia la cochera —dijo el rubio.

La cochera estaba a la derecha.

Un tipo salió por una esquina. Era alto, desgarbado. Abrió la puerta de la cochera y vi dentro un vehículo que ya conocía. Era un sedán negro. Vaya, por fin iba a conocer a los alegres muchachos de la metralleta.

—Entra —dijo.

Conduje el coche al interior deteniéndolo al final, paralelo al otro negro.

Miré hacia la portezuela y vi las marcas de dos balas. Eran las

que yo había disparado cuando ellos pretendieron liquidarme y sólo se cargaron a «Pies Planos».

El hombre largo vino por mi lado y exhibió una gran pistola.

El rubio descendió por su parte y conminó:

—Abajo, chico.

Abrí la portezuela mirando el suelo y fui a lanzarme sobre el larguirucho, pero él también conocía su oficio y dio un paso atrás apuntándome.

—Quieto, besugo.

El rubio soltó una risita.

—¿Por qué se lo has dicho, Fort? Podíamos haber acabado con él aquí, Andy.

—No fueron ésas las órdenes —repuso Fort.

—¡Al infierno con las órdenes! —Opuso Andy—. Tengo ganas de cargármelo. Ese bastardo ha herido a Oliver.

—Ya recibirá lo suyo.

El rubio sacudió la cabeza.

—Vamos a la casa, muchacho.

—Entraremos por la puerta de atrás —dijo Fort.

Cruzamos una cocina y un corredor antes de llegar a una gran sala cuyas ventanas estaban cerradas y que eran iluminadas con la luz que derramaba una gran lámpara central. Allí había otras dos personas. El tipo en que primero me fijé estaba sentado en un sillón. No tenía la chaqueta puesta y su camisa desgarrada dejaba ver un vendaje de sangre a la altura del hombro.

Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad. Tenía el cabello revuelto y un gran parecido con el actor Robert Mitchum.

—Dadme una pistola, muchachos —dijo—. Dádmela para meterle una bala en las tripas.

El otro hombre que se encontraba en la estancia me estaba observando atentamente.

—No te preocupes, Oliver —repuso—. Ya ha llegado su hora, pero esperaremos un poco.

—Maldita sea, Riley, este bastardo me hizo un buen boquete... Y ese doctor del infierno me lo abrió más para extraer la bala.

—Vendrá otra vez a mediodía y le echará un vistazo a esa herida.

Fui a meter la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo.

—¡Quieto, Dennison! —ordenó Riley.

El rubio Andy dijo:

—Ya lo registré, Riley. No tienes ningún arma.

Riley sacudió la cabeza y saqué el cigarrillo que encendí con el fósforo.

—Debo comunicarles algo importante, muchachos —dije, arrojando una nube de humo.

—¿El qué? —preguntó Riley.

—Están dejando demasiados muertos por la ciudad. Eso, además de afectar a las ordenanzas municipales acerca de la limpieza, contraviene también las leyes del Estado. La policía terminará por agarrarlos. ¿Por qué no dejan las cosas como están y se largan a su madriguera?

Andy rió.

—El muchacho nos ha salido orador.

—Sí —asintió el herido—, pero me gustará verlo cuando yo le meta el plomo que le tengo destinado.

—Oiga, Oliver —dije—. No tiré contra usted concretamente. Fui objeto de un intento de asesinato y tuve que defenderme. Son gajes de su oficio. ¿Qué es lo que querían? ¿Qué me dejase asesinar?

Hubo un silencio.

—El muchacho tiene su lógica —dijo Riley.

Oliver murmuró entre dientes:

—Con lógica o no, le voy a dar una agonía lenta.

En ese momento oímos el crujido de unos neumáticos.

El larguirucho Fort movió la persiana y miró al exterior.

—Ya está aquí —anunció.

—Ve a abrirle, Andy —dijo Riley.

Andy se movió hacia la puerta.

Transcurrió un minuto y oí pasos en el vestíbulo.

Se apartaron las cortinas y entró en la estancia Elisa Mortimer.

CAPÍTULO XV

Estaba maravillosamente seductora con un combinado verde, y yo sabía que sus formas eran genuinas porque la había visto en bañador. Cubría su ceniciento cabello con un gorrito del que pendía una red que le llegaba hasta la nariz. Sus brazos estaban desnudos a excepción de las manos que las cubría con guantes negros. Ahora parecía más esbelta con aquellos zapatos de tacos altos. Portaba en la diestra un bolso que hacía juego con el resto.

Sus ojos me recordaron los de una tigresa.

—Hola, detective —dijo.

—¿Cómo estás, dulzura?

—Eres un estúpido entrometido.

—Me lo han dicho muchas veces, pero no tengo remedio.

El rubio Andy metió la mano en el bolsillo y sacó el medallón.

—Aquí tiene lo suyo, señorita Mortimer.

Elisa tomó el medallón y lo miró atentamente por los dos lados. Luego me miró otra vez.

—¿Dónde estaba?

—En una caja de depósito de la estación de Maryland. Tu prima Verónica me envió la llave a la oficina.

—¿Mi prima? —repitió—. No digas eso.

—Es hija de Louis, del hermano de tu padre.

Su rostro se transfiguró perdiendo belleza. Me pareció increíble que eso ocurriese porque era demasiado bonita, pero el odio que la exacerbaba hizo ese milagro.

—Casarse con una negra.

—Era una mestiza. Y según me ha contado Avery, Clara Haymes tenía la piel un poco bronceada.

—¡Era una negra! —exclamó.

—¿Y qué me dices de Verónica? Ella tenía la piel completamente blanca y era bonita y hermosa. No tanto como tú, pero cualquier

hombre se hubiese vuelto para mirarla en la calle.

—Tenía sangre negra en las venas.

—Y tú no podías soportar eso, ¿verdad?... La clase social a la que perteneces se habría informado y eso habría sido la ruina para ti.

—¡Sí! —dijo ella golpeando las palma de las manos contra la mesa.

—¿Desde cuándo sabías que tu tío Louis se había casado con una negra?

—Siempre lo ignoré.

—Hasta que la señora Avery fue a tu casa a hablar con el abuelo en favor de Verónica. Entonces te enteraste de toda la historia.

—Así fue, detective.

—Desde aquel momento te sentiste presa de una angustia mortal. ¿No es así, Elisa?

—Hubo noches en que no pude dormir. Pensé que llegaría un día en que Verónica no se conformaría con su situación y que terminaría por decir a todo el mundo quién era realmente ella. Entonces decidí ir a su apartamento para hablar con ella. No podía resistir aquel infierno. Pero no la encontré. Se había marchado. Fue pasando el tiempo y nada ocurrió. Hace una semana fui con unos amigos a «La Gaviota». Es un club de mala muerte, pero siempre me ha gustado sentir emociones nuevas. Yo conocía su nombre porque Sheyla Avery se lo había dicho a mi abuelo, Millie Algren. Me reconoció porque había visto mi fotografía en algunas revistas y me mandó recado para que me reuniese con ella en el bar.

Elisa hizo una pausa y se quitó el sombrero que arrojó sobre un sillón.

—Entonces se me dio a conocer y dijo cuál era su intención. Ya se había cansado de ir por el mundo. Ella era tan nieta de Ferdinand Mortimer como yo y quería ser reconocida como hija de Louis Mortimer. Le ofrecí dinero, pero lo rechazó. Dijo que el dinero significaba muy poco para ella. Quería llevar el apellido, que el mundo supiese que era nieta de Ferdinand Mortimer. Estaba decidida a que el abuelo proclamase a los cuatro vientos que era hija de Louis... Le dije que no diese ningún paso y que yo hablaría con el abuelo para convencerlo.

—Y lo que tú hiciste fue contratar a un asesino para liquidarla,

pero, naturalmente, pensaste que la cosa podía tener consecuencias y entonces los alquilaste al por mayor, a toda una banda.

—No podía fallar.

—Pero has fallado a pesar de todo, Elisa.

—¿Quién lo dice?

—Yo.

—Eres un fanfarrón.

—Estoy trabajando en colaboración con el teniente Foster Cook de Homicidios. Cuando encontré el medallón y averigüé en una biblioteca pública que el águila heráldica correspondía a vuestra familia, le di cuenta de todo. El teniente se ha encargado de la investigación de lo referente a Louis Mortimer en Nueva Orleans.

Desencajó el maxilar inferior.

—No has hecho eso.

—Sí, dulzura. Lo he hecho.

Hubo unos instantes de suspenso. Sus pupilas despedían llamaradas como brillantes engarzados en las cuencas.

—El teniente no sabrá nada.

—Es muy listo, Elisa.

—¿Cómo va a suponer que yo lo he preparado todo? No existe ninguna prueba contra mí.

Señalé a los *gangsters* que la rodeaban.

—En cuanto el teniente eche mano a uno de esos tipos, cantarán.

—Les he dado mucho dinero.

—Te lo seguirán sacando y llegará un momento en que te rebelarás contra ellos. No, dulzura. No hay salvación para ti.

—¡Cállate!

Le sonreí y eso la exasperó más.

Oliver dijo desde su sillón:

—Déjeme que acabe con él, señorita Mortimer.

—Sí, Oliver. Te voy a conceder esa prioridad.

Me maldije por no haber confesado todo a mi amigo Foster. Sí; le había dicho lo referente al medallón, pero me había callado la visita que iba a hacer a Frank Avery. Yo mismo me había cerrado todas las puertas y estaba en manos de aquella gentuza deseosa de mi sangre.

—Podemos hacer un trato —dije.

—¿Qué trato?

—Yo soy el asesino de Millie Algren.

—Sí, es lo que dicen todos.

—Dame un poco de dinero y me largaré del país.

Fue Riley quien intervino ahora.

—No le haga caso, señorita Mortimer. Conozco unas cuantas cosas de Dennison y sé que es incorruptible —su mejilla derecha se estremeció.

Así que Riley era el tipo del tic nervioso.

Elisa sonrió.

—Estoy segura de que nunca estuvo tan atrapado como ahora. Quizá me convenga. ¿Cuánto dinero quiere?

—Con un par de miles me conformaré —dije entusiasmado con la idea de poder salir de allí.

—Muy bien. Te los daré —abrió el bolso y sacó un talón de cheques. Se puso a rellenarlo y luego arrancó el cheque y lo movió en el aire para que se secase la tinta. Finalmente me lo alargó—. Míralo, Bruce. Aquí tienes los dos mil dólares.

—Gracias —dije y fui a tomarlo, pero ella lo retiró con rapidez.

—Te falta hacer algo, Bruce.

—¿El qué?

—Tu confesión.

—¿Mi confesión?

—Sí. ¿No es ése el trato? Tú eres el asesino de Millie Algren. Escribirás que la mataste y luego firmarás.

Aquella nena se las sabía todas.

—Anda, Riley, trae una hoja de papel.

Riley sacó una de la cartera y la dejó sobre la mesa.

—Sigo pensando que es una tontería —comentó.

—Será mejor que calles, Riley. No te contraté para que fueses mi consejero.

Elisa me señaló una silla y puso la pluma sobre el papel en que yo debía escribir.

Ocupé la silla y redacté el texto: «Yo, Bruce Dennison, confieso haber dado muerte a Millie Algren en su apartamento. Lo hice única y exclusivamente porque ella me había abandonado por otro hombre». Luego estampé mi firma. Era la misma historia que me había contado «Pies Planos».

Me puse en pie, y alargué la confesión a Elisa. Ella la leyó para sí y después de doblarla la guardó en el bolso. Luego tomó el cheque que estaba sobre la mesa y comenzó a romperlo a trocitos.

—¿Qué haces, nena? —dije, aunque no me pillaba de sorpresa.

—Ya está todo arreglado. Falta sólo incluir tu confesión en un sobre y enviarla al teniente de Homicidios que se ha encargado de resolver el caso de mi hermosa prima.

—¿Por qué infiernos no has de jugar limpio, dulzura? Tienes el testimonio y a mí no me queda otra salida que la fuga.

—No correré ningún riesgo contigo.

—Lo correrás si me matas.

—Oliver hará un buen trabajo —dijo, mirando al herido—. Tienes que liquidarlo de forma que parezca un suicidio.

Oliver hizo una mueca.

—Quería meterle una bala en las tripas.

—Eso no nos sirve ahora. Confórmate con levantarle la tapa de los sesos.

Era un diálogo maravilloso. Lo único que se discutía allí era la forma en que deberían matarme.

—Si me permiten una sugerencia —dije—, ¿por qué no lo sometemos a votación? Vamos, muchacho, los que se inclinan por la bala en las tripas que levanten la mano.

—¡Deje de hacer payasadas! —exclamó Riley.

Sonreí.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

Elisa miró a Oliver.

—Un balazo en la sien.

Oliver alargó la mano hacia el rubio Andy.

—Dame la pistola.

El rubio se abrió la chaqueta. Tenía una funda pendiente de cada hombro. Él había sido depositario del arma que correspondía a Oliver. Sacó la otra pistola y después de comprobar su perfecto funcionamiento caminó hacia Oliver. El herido la tomó en su mano y, a pesar de que Andy la había examinado, él lo hizo nuevamente.

—Ayúdame, Andy —dijo.

Andy le pasó la mano por debajo del brazo y lo ayudó a levantarse. Una vez en pie, Oliver se desasíó del rubio y se vino hacia mí.

¿Qué esperaban aquellos hijos de perra? ¿Qué me estuviese quieto?

No; no sería suicidio. Tendrían que balearme en la barriga, en el pecho, o en cualquier otra parte para acabar conmigo.

Andy retrocedió para no perderse el número y entonces salté sobre él.

Fue a emplear la pistola para cascarme en la cabeza, pero yo lo aferré con la muñeca y tiré de él cuando golpeaba con mis rodillas en el suelo.

Salió despedido por el aire dando un magnífico salto que hubiese podido calificarle para los Juegos Olímpicos.

Cayó sobre una silla, que destrozó, pero antes de eso soltó la pistola por temor a que le rompiese la muñeca y el arma rebotó yendo a parar debajo de la mesa.

Todos los demás tipos nos estaban mirando, quizá porque cada uno tenía un arma en la mano y sabían que lo que yo estaba intentando no serviría para nada.

Riley rió.

—¿No os dije que era un payaso?

Me arrojé por debajo de la mesa hacia la pistola.

Pero Elisa Mortimer se agachó más rápidamente que yo y atrapó el arma. Los dos debajo de la mesa, nos miramos, ella apuntándome a la cara.

—¿Quieres que sea yo quien lo haga, Bruce?

—Tú eres distinta a todos, dulzura. Será un placer.

Gateé hacia ella y esperé que de un momento a otro apretase el disparador.

Le solté un manotazo en la muñeca justo cuando hacía fuego. La bala me chamuscó el cabello y debió de encontrar en su camino el cuerpo de alguien, porque oí un grito.

Elisa se desplomó de bruces y salté por sobre ella con el arma ya en la mano. Mis piernas quedaron demasiado abiertas en compás, porque la joven quiso levantarse y me golpeó en la cadera. Entonces pude ver que el larguirucho Fort había recibido la bala en el estómago y se estaba desplomando soltando una bocanada de sangre.

Andy y Oliver tenían las pistolas en la mano, pero no así Riley.

Apreté el gatillo y le metí a Andy una bala por las narices.

El rubio pegó un salto sacudiendo la cabeza para quitarse el abejorro de plomo, pero no lo consiguió.

Lanzó un grito y se fue hacia atrás apretando alocadamente el gatillo. Sus balas volaron por la habitación incrustándose en la pared y en el techo.

Oliver hizo una mueca feroz y empezó a hacer también fuego.

En ese momento Elisa se levantó bruscamente y me pegó un manotazo en la pistola para apoderarse de ella.

Eligió el peor momento. Las balas de Oliver chocaron contra la hermosa espalda femenina.

Yo estaba viendo la cara de la muchacha. Sus ojos se desorbitaron y abrió la boca. Vi reflejado un pánico indescriptible en aquellas maravillosas pupilas, un miedo que yo había visto antes en otra persona, en una mujer de su misma raza que llevaba su misma sangre, aun cuando la otra estuviese un poco mezclada porque una mestiza había sido su madre.

Elisa se echó sobre mí.

—¡Bruce! —exclamó.

Me dejó libre la mano armada. Pasé la pistola por debajo de su antebrazo y le envié un par de balas a Oliver que se disponía a seguir ametrallándome.

Esta vez no lo herí. Lo maté y fue a la primera. Una bala le vació el ojo y se abatió sin soltar un solo gruñido.

Sólo quedaba Riley, quien ya había logrado sacar el arma y se disponía a liquidarme por el costado.

Le facturé su ración de plomo que recibió íntegra en el pecho porque era un tipo que no quería desperdiciar nada. Chocó contra la pared y cayó despatarrado en el suelo, poniendo los ojos en blanco.

El silencio fue roto por la voz de Elisa.

—¡Bruce...!

La puerta se abrió de golpe y me volví con la mujer en los brazos, listo para seguir disparando.

Me contuve a tiempo. El teniente Foster entró seguido por un enjambre de policías.

—Bonito cuadro —dijo—. Después de todo, la señora Avery no necesitaba decirnos que un tipo te había atrapado, ni yo debía avisar al coche patrulla de este distrito.

—Cállate y oye a una moribunda —dije.

Dejé a Elisa en el suelo y el teniente y otros dos *polis* se acercaron. La muchacha me miró a los ojos.

—¿Qué quieres oírme? ¿Una confesión, Bruce?

—Sí. Sólo eso. A menos que quieras entregar la que tú tienes en el bolso.

Movió la cabeza de un lado a otro, en sentido negativo, y luego miró al teniente.

—Yo pagué al asesino de Verónica Mortimer —cerró los ojos en un espasmo de dolor. Sus labios se crisparon y su cabeza se dobló quedando exánime.

CAPÍTULO XVI

El teniente dijo:

—En el próximo caso que te metas, tendremos que utilizar una máquina electrónica para sumar los muertos.

—No seas gruñón, Foster —murmuré.

Estábamos en su despacho y yo acababa de prestar testimonio acerca de todo lo ocurrido.

—¿Cómo encajó el abuelo Mortimer el asunto? —pregunté porque él era quien había ido a casa de Ferdinand Mortimer.

—Ha sido un terrible golpe para él y le ha hecho arrepentirse del pasado. Al menos, durante los últimos años de su vida será un poco más humano. El hermano de Elisa estaba a su lado. El viejo dijo que, si las cosas se pudiesen hacer dos veces, no habría ocurrido ningún drama.

—Eso me recuerda algo.

Descolgué el teléfono y marqué un número.

—Hola, Rae —dije, cuando oí la voz de mi chica al otro lado.

—¿Todo salió bien, Bruce?

—Perfectamente. Vende tu negocio, Rae.

—¿Quieres decir que te vas a venir conmigo a Miami?

—No. Nos quedaremos aquí, pero vas a ser la mujer de un detective.

—¡No, Bruce!

—Bueno, quizá no te convenga. Te voy a hacer pasar muchos malos ratos, Rae. Seguiré siendo el mismo, un lío detrás de otro...

—Bruce...

—¿Sí?

—Me encantará ser la esposa de un tipo loco.

—Gracias, nena. Fue lo mejor que podías decir. Dentro de un rato estaré contigo.

Colgué.

—Bueno, teniente, celebro haberte visto.

—Te falta saber algo.

—¿El qué?

—Van a hacer una limpieza en el Departamento. A Reilly y a los demás les llegó su hora.

—Lo celebro por la ciudad y por ti mismo, Foster.

Eché a andar hacia la puerta.

De pronto sonó el timbre del teléfono y me volví cuando Foster ya había descolgado.

—Diga —murmuró—. ¿Cómo?... ¿Quién es usted? ¿Qué lo van a matar?... ¿Quién lo va a matar?...

—Oye, Foster —dije entusiasmado—. Es el mismo caso.

Cubrió la bocina y gritó:

—¡Lárgate! ¡Rae te está esperando!

Salí del despacho y cerré tras de mí. Pero me quedé con la oreja aplicada a la puerta.

¿Cómo? —oí decir a Foster—. James Sandy, calle Sesenta y Tres, ciento treinta y cuatro. Muy bien, señor Sandy. Iremos enseguida.

Eché a correr hacia la puerta. Si me daba mucha prisa podía sacarles un poco de ventaja.

FIN



*¡Intriga! ¡Emoción!
¡Acción trepidante!
¡Románticas situaciones
entre el protagonista
y hermosas mujeres!...*

Todo esto y mucho
más, hallará en

LOS MUERTOS VIAJAN

El último relato escrito por el sensacional autor

MARK HALLORAN

¡Rosana era la clave de un enigma que estaba costando demasiadas vidas, y las autoridades resolvieron mandar a un hombre excepcional, llamado Don, para que tratara de averiguar aquel secreto, enamorando a la bella mujer!

LOS MUERTOS VIAJAN

¡Usted quedará sorprendido de la gran calidad de
de este relato!

COLECCION SERVICIO SECRETO

lo publicará en su número de la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
752 — Carlos de Santander
FALSA PASION

COLEC. "MADREPERLA"
648 — G. Colomer
LAS TRAVESURAS
DE CUPIDO

COLECCION "ROSAURA"
592 — Mercedes Escalante
LOS OJOS NUNCA
ENGANAN

COLECCION "AMAPOLA"
479 — Eva Fernan
BODA SECRETA

COLECCION "ALONDRA"
413 — Jaime Burgos
AMARGO DESTINO

COLECCION "CAMELIA"
354 — María Adela Durango
AÑOS DE JUVENTUD

COLECCION "CORAL"
37 — Corín Tellado
NO QUIERO A ESTA MUJER

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
693 — George H. White
ESCUELA DE TAHURES

Col. "SERVICIO SECRETO"
557 — Keith Luger
BALAS PARA TI, QUERIDA

COLECCION "BUFALO"
390 — Mikky Roberts
SUSTITUTO PARA MORIR

COLECCION "TEXAS"
258 — A. Rolcest
HORAS SIN LEY

COLECCION "CALIFORNIA"
237 — Mark Halloran
UN "COLT" EN LA SOMBRA

COLECCION "COLORADO"
182 — M. Lafuente Estefanía
RECIBIERON SU CASTIGO

COLECCION "KANSAS"
148 — M. Lafuente Estefanía
LA PRIMERA TRAICION

COL. "HEROES DEL OESTE"
130 — M. Lafuente Estefanía
COMO FIERAS

COL. "ASES DEL OESTE"
100 — Orland Garr
MUERTE EN TEXAS

COLEC. "BRAVO OESTE"
12 — Keith Luger
UN JOVEN DE SESENTA
AÑOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

COLECCION



HIS- TO- RIAS

LA COLECCION MAS LEIDA EN TODOS LOS PAISES DE HABLA HISPANA

TEMAS religiosos, culturales,
de aventuras, femeninos, etc.

100 TEMAS APASIONANTES
en los 100 TITULOS PUBLICADOS

magníficamente encuader-
nados con sobrecubiertas
esmaltadas
A TODO COLOR

260 ILUSTRACIONES

Precio: 30 ptas.

**UN LIBRO ES EL MEJOR DE LOS AMIGOS,
Y UN LIBRO DE COLECCION HISTORIAS
ES EL MEJOR DE LOS LIBROS**

Es una creación de **EDITORIAL DRUGUERA, S. A.**

** para la juventud*



**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

*Libros para
la juventud*



COLECCIÓN

IRIS

**La Colección que
reúne las mejores
obras para la ju-
ventud de los gran-
des autores de la
literatura universal**



[27 TÍTULOS PUBLICADOS]

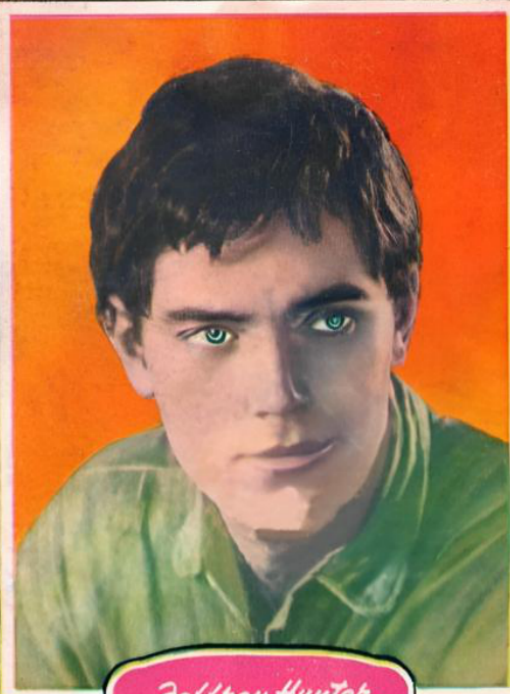
**en cada volumen
12 grandes ilustraciones
A TODA PAGINA**

Precio: 25 pts.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMÁ.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
SION.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Jeffrey Hunter

N.º 1283

Conocimos a Jeffrey en la película "Un grito en el pantano". Después ha aparecido en "Bellezas por casar". Atleta y deportista cien por cien, Jeffrey había actuado en el teatro y en la radio.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

